

A man with long, wavy brown hair and a beard, wearing dark sunglasses and a black leather jacket, is embracing a woman from behind. The woman has long, dark hair styled in two thick braids. They are standing on a paved walkway next to a body of water. In the background, a bridge is visible across the water. A dark-colored sedan is parked on the street in the foreground. The overall scene is romantic and cinematic.

HQN™

AMOR ACCIDENTAL

Marisa Ayesta

AMOR ACCIDENTAL

Marisa Ayesta

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2018 M^a Luisa Ayesta-Fernández Pacheco
© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Amor accidental, n.º 203 - agosto 2018

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Dreamstime.com y Shutterstock.

I.S.B.N.: 978-84-9188-721-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

*A mis amigas.
Dicen que es mejor tener pocas, pero de calidad.
Inmerecidamente tengo muchas,
todas ellas de quitarse el sombrero.*

Prólogo

Wei Joo no sabía cómo decírselo a Xiu-Xiu. Aquello no pintaba bien. Mientras removía el asado de la olla, el dueño del restaurante miraba a su mujer a través de la ventana que separaba la cocina de la sala del comedor. Xiu-Xiu estaba tan despreocupada últimamente, se la veía tan feliz...

Llevaban ya diez años en Alicante y, aunque al principio les había costado hacerse con tantos cambios, con una comunidad tan extraña a ellos, con un mundo tan diferente al suyo, tanto su esposa como él se consideraban por fin prácticamente españoles.

Al matrimonio no le había quedado más remedio que aceptar que no eran fértiles. Ignoraban, y no querían saberlo, a causa de cuál de los dos el destino les había impedido el don de procrear. Pero ya estaba asumido. Tenían un negocio. Un negocio floreciente. El artículo de periódico con la crítica gastronómica que había realizado el periodista de *Información* permanecía colgado, en un simple marco de madera, como recordatorio de un trabajo bien hecho. Contaban con su salud, con su trabajo y con el amor que se tenían. El futuro se les presentaba fiable y tranquilo, con la seguridad y la estabilidad que su país no era capaz de ofrecerles.

Y justo ahora tenía que volver Chan Li a inmiscuirse en sus vidas.

Ni Wei ni Xiu-Xiu comentaban nada del sobre que mensualmente enviaban a un apartado de correos. No hablaban de él. Como si el hecho de no mencionarlo pudiera hacerlo menos real. Porque, al no hablar de él, simulaban que no existía. El matrimonio hacía tiempo que había aceptado que no tenían más remedio que pagar, pero se habían negado a que aquella esclavitud les estropease su establecimiento en España y el crecimiento de su negocio.

Y quizá Xiu podía haberlo hecho desaparecer de su recuerdo y de su día a día. Quizá Xiu, mucho más optimista que él, había conseguido creerse que todo iba bien.

Pero Wei no. Wei sabía que, antes o después, Chan Li volvería a meterse en sus vidas. Hasta en los momentos de máxima felicidad se recordaba a sí mismo que jamás estarían en paz.

Mientras añadía verduras picaditas al sofrito, consideró la posibilidad de marcharse de allí. Mentalmente agradeció a Zao Jun^[1] que no hubieran

tenido el don de los hijos. En un momento como el de ahora, los hijos solo serían una complicación, una terrible responsabilidad y más motivos por los que temer.

Removió la cazuela con firmeza. Había una decisión que tomar y Wei sabía que debía consultarlo con Xiu.

Sin embargo, recapacitó. No era capaz. Tomó la determinación de esperar a que pasara la cena. Cuando el último cliente se hubiera marchado y hubieran dejado recogido el restaurante, en la intimidad del lecho conyugal, le haría saber a su compañera la petición de Chan Li.

Quizá incluso sería mejor esperar a que durmiera bien por lo menos una noche más, se dijo Wei, mientras pasaba con gesto mecánico la comida a la fuente. Debería aguantar y decírselo mañana por la mañana. Por las noches el futuro se ve negro, los problemas se ven más grandes. Eso es, se prometió. Se lo diría al día siguiente.

Wei se encogió de hombros. No era propio de él huir de los enfrentamientos. Además, ¿qué conseguía con escondérselo a Xiu? Tenían que hacer lo que tenían que hacer. No les quedaba más remedio.

Se dio cuenta de que se le estaba pasando la salsa. Apagó el fuego y apartó la cacerola. Por un descuido, el líquido ardiente le salpicó en la mano y se quemó. Se llevó el dorso de la muñeca a los labios y se lamió, esperando dar alivio a la pequeña escocedura.

Aparentemente ajena a la preocupación de su esposo, Xiu-Xiu extendía los manteles, recién lavados y con un innegable y agradable olor a jabón de Marsella, y disponía cuidados centros de flores frescas en las mesas. Le gustaba que las plantas armonizaran en colores según las zonas. Exigía más tiempo colocarlas así, pero a ella eso no le importaba. Cuando las cosas se hacían con gusto, no costaba hacerlas. Y para Xiu, el restaurante era el hijo que nunca había tenido. Jamás eran agotadoras las horas que pasaba en él. En ningún momento le cansaban el trabajo y dinero que invertían en él. Xiu-Xiu estaba demasiado orgullosa del negocio que su esposo y ella habían creado como para lamentar la dedicación que le brindaban.

Por encima del hombro miró a Wei. Su marido llevaba más de media hora ante una olla en la cocina terriblemente meditabundo. Xiu podría haber ido a preguntarle qué le ocurría, pero sabía de sobra que su esposo se lo contaría. De alguna manera, él no aguantaba sin decírselo a ella. Como si ella pudiera solucionarlo todo. Pero a veces parecía que, con solo contárselo, con depositar en ella su agonía, se descargaba del problema y Wei volvía a sonreír. Y Xiu quería más que nada que Wei estuviera feliz.

La restauradora no quería ni pensar en qué le había puesto a su marido aquella cara seria. Su corazón se encogió mientras tarareaba por lo bajo. No era tonta. Sabía que Chan Li o alguno de sus hombres habían entrado en contacto con Wei. Quizá querían que les pagaran más. Trató de calmarse, de apaciguar la ira y la impotencia que bulleron en su interior con solo pensarlo. Si era cuestión de dinero, podían arreglárselas. Ninguno de los dos tenía grandes gastos. Casi todo lo que ahorran lo enviaban a su país, para ayudar a sus padres y sus hermanos. Podían asumir una subida del pago, por mucho que hacerlo le enfureciera.

Sin embargo, por la cara de su marido se temió que no era dinero lo que Chan Li quería esta vez. Se le haría eterno hasta el momento en que Wei quisiera decirle de qué iba todo. Cómo le gustaría que le contase ya lo que sucedía. Podía luchar contra problemas reales, pero no podía luchar contra su imaginación, contra dragones que —esperaba— no existían más que en su cabeza.

[1] Zao Jun: dios popular de la cocina en la mitología china.

Capítulo 1

Justo antes de la caída del sol, Icíar Albatrecu se sentó en la escalinata de entrada de la Facultad de Filología, donde había pasado el día impartiendo clases y estudiando unos manuscritos sobre crónicas de la ciudad de Alicante que se sospechaba eran anteriores incluso a las escritas por Vicente Bendicho en el siglo XVII, mientras pensaba que no debería haber vuelto a quedar con Paco.

Vestida con un pantalón recto de tela «príncipe de Gales» y un jersey de manga corta burdeos, la futura doctora llevaba su mochila de cuero marrón a la espalda, cargada con los exámenes que tenía que corregir sin falta esa misma noche. Sin embargo, en lugar de dirigirse a la parada del autobús que la dejaría en el centro de la ciudad y a escasos cinco minutos de casa, esperaba ver aparecer el coche de Paco, en cualquier momento, por la avenida Universitaria. Con un suspiro de resignación, se repitió que no tendría que haberse citado con su amigo.

Francisco Lloréns, al que ella conocía desde hacía más de diez años, era el hermano mayor de una de sus íntimas amigas de la carrera. Juntas, Aitana y ella, habían estudiado Letras en la Complutense de Madrid y muchos fines de semana habían salido con Paco y sus amigos. Casi todos ellos tenían en común el provenir de otras ciudades distintas a la capital en la que estudiaban y donde vivían en residencias, colegios mayores o, los más afortunados, compartían alquileres en pisos amueblados. Por aquel entonces, Paco anduvo tras Icíar, pero nunca se decidió y la joven vasca tampoco hizo nada por animarle. Ahora, recién destinada a Alicante donde vivían los dos hermanos, Aitana se había mostrado entusiasmada ante la posibilidad de que su mejor amiga recuperara la jamás iniciada relación con su idolatrado hermano mayor.

Pero, según pensaba Icíar, el momento ya había pasado. En primer lugar, Paco se había convertido en policía nacional, de homicidios nada menos, e Icíar, nacida en el País Vasco y desgraciadamente acostumbrada a convivir con la violencia terrorista, sabía que amar a un policía era sacar una entrada de primera fila para el sufrimiento y las preocupaciones constantes.

—Que no es un *ertzaintza*, mujer —le había dicho un día Aitana, al expresarle ella su deseo de no enamorarse de hombres con profesiones arriesgadas. —Esto es Alicante, como mucho le pone una multa de tráfico a

un guiri —mintió con desenvoltura, a pesar de que no desconocía que Paco acababa de entrar en la brigada de crimen organizado de la provincia.

Pero, por otro lado, Icár era consciente de que ya no estaba enamorada, si es que alguna vez lo estuvo. No había en Paco nada que le disgustase, cierto, pero como solía pasarle con todos los hombres que había ido conociendo, ninguno le convencía lo suficiente como para empezar algo serio y, para su comodidad, se había ganado cierta fama de estrecha porque tampoco se prestaba a otro tipo de devaneos. No le gustaba perder el tiempo, se aseguraba a sí misma cuando alguna malintencionada le criticaba por no disfrutar, como hacían muchas mujeres, las relaciones sin compromiso. Icár simplemente no le encontraba el punto a jugar con asuntos de corazón, de sobra sabía que alguien terminaba herido.

Precisamente por eso, con las gafas de sol puestas y su castaño pelo recogido en una coleta informal con la ayuda de un bolígrafo, Icár se arrepentía de haber aceptado verse otra vez con Paco. No ignoraba que, en cierto modo, cada vez que accedía a una cita con él le estaba alentando, y la filóloga era lo suficientemente perspicaz como para comprender que la amistad entre un hombre y una mujer no era posible cuando uno de los dos quiere algo más.

Así que, cuando llevaba más de veinte minutos esperando, la joven sonrió para sus adentros, contenta al suponer que Paco no iba a aparecer y, justo en el momento en que se levantó, dispuesta a marcharse a casa en autobús, y se sacudía ligeramente la parte de atrás del pantalón, levemente manchada del polvo del escalón, un hombre montado en una moto de gran cilindrada subió la acera y se paró delante de la filóloga al pie de las escaleras. El desconocido se quitó el casco descubriendo su rostro e Icár vio a un joven de unos treinta y pico años, con la piel bronceada, el cabello castaño muy claro y unos ojos miel que la recorrieron de arriba abajo, con descaro, sopesándola. La profesora sintió que se ruborizaba, no solo porque el hombre era guapísimo, sino por la intensidad de su mirada.

—¿Eres Icár Albatrecu?

Ella solo pudo asentir. Inexplicablemente, se le habían secado la boca y la garganta.

—Soy Pau Salas —se presentó—, un amigo de Paco, quien me ha pedido que venga a recogerte. Según me ha contado, él está ahora saliendo de Benidorm por una reunión y no ha podido avisarte porque no tiene tu número de móvil y no contestabas en el que él tiene del departamento.

—¡Oh! —Icár no sabía qué decir—. En realidad no tengo móvil —añadió con la cabeza llena de dispersos pensamientos. —Está entre mis tareas pendientes comprarme uno. —Pero como el motorista solo la miraba sin decir nada, cohibida añadió—: No hacía falta que te molestases en venir, yo ya me iba para casa. Pero muchas gracias por avisarme.

—No puedes. —El tono era el categórico de las personas acostumbradas a mandar—. Paco ha insistido en que te lleve a un pub del Barrio. Él no tardará en llegar.

—No, de verdad, no hace falta. En realidad tengo trabajo que hacer en casa. —La perspectiva de estar más tiempo con el amigo de Paco le seducía,

pero no en esas circunstancias en las que él se quedaba haciéndole compañía solo por un favor hacia su amigo. Además, a Icíar le daban un miedo atroz las motos desde que a los diecisiete años su hermano se mató en un accidente, con una simple vespingo, cuando un conductor cansado se quedó dormido al volante de un camión y le embistió. Así que se veía incapaz de regresar a la ciudad montada en esa motazo sin que el pánico le acometiera.

—Verás. —La sonrisa arrogante de Pau convencía a Icíar por sí sola—. Si me haces llamar a Paco diciéndole que te has ido a casa, me va a matar. Se va a creer que he llegado tarde, tal y como ha pasado, o que no he puesto todo de mi parte para convencerte.

—Bueno —repuso Icíar, más por hacerse la dura que porque no estuviera tentada—, entonces le dices la verdad, que has venido, me has visto, has insistido en llevarme y, como yo me he negado a irme contigo porque me dan pánico las motos, no has tenido más remedio que dejar que me fuera a casa. —Y, sin añadir nada más, comenzó a andar hacia la parada del autobús con toda la indiferencia de que fue capaz.

Pau se bajó de la moto y salió detrás de ella. Con sus grandes zancadas, en menos de dos pasos la había alcanzado.

—Espera, por favor. —La miró fijamente y, esta vez, en sus ojos se escondía una tierna picardía. —No puedes decir que te dan pánico las motos. Las motos solas no hacen nada. —Y se encogió de hombros dando a entender que era algo evidente—. Puedes no fiarte del que las conduce, y en eso te puedo garantizar que soy de confianza.

—No, de verdad. Aunque me fiara de ti —Icíar le siguió la corriente—, ¿quién controla al resto del tráfico?, ¿cómo controlas a los que conducen a tu alrededor?

—Un buen conductor también sabe responder ante esos imprevistos. Y yo soy muy bueno —dijo Pau. No había un atisbo de modestia en su comentario.

—Aunque así fuera, me da miedo la velocidad —siguió Icíar, poniendo punto final a la conversación.

Si no fuera porque el policía detectó realmente un pequeño temblor en su voz, se hubiera reído de ella. Sin embargo, la tranquilizó:

—Iré despacio.

—¿Nunca te das por vencido? Seguro que tienes cosas mejores que hacer que llevarme a mí a ningún sitio. —Icíar se posicionó de brazos cruzados ante él.

—Se lo he prometido a Paco. De todas formas, ahora que te he conocido, aun sin habérselo prometido, te llevaría a cualquier sitio que me pidieras. —Él mismo se sorprendió por la verdad que encerraban esas palabras.

—Eso ha sido muy galante. Tú ganas. Pero, por favor, ten cuidado. —Y no pudo evitar que una coqueta sonrisa le iluminara el rostro.

—Soy policía —dijo Pau ocultando su fascinación ante la belleza de la joven—. Cumplo todas las normas y te he prometido ir despacio. De entrada, toma —dijo el joven acercándose a la moto y tendiéndole un casco—, esto es obligatorio.

Iciar se lo colocó, pero como no sabía cómo abrochárselo, Pau tuvo que ayudarla y ella se puso un tanto nerviosa por tener que levantar la barbilla, como una niña pequeña a la que le tienen que atar los cordones. Por contra, al policía, su cuello le encantó.

Mientras se subía detrás de Pau, los pensamientos de Iciar se dirigieron hacia el fallecimiento de su hermano cuando este solo contaba con diecisiete años. Tras el accidente, la joven había intentado usar su propia moto sin éxito. Padeció tal ataque de pánico que no pudo ni dar a los pedales para ponerla en marcha.

En alguna otra ocasión posterior, la afligida hermana había intentado ir «de paquete» con alguna de sus amistades, pero lo había pasado tan mal que no le había merecido la pena el trayecto.

Por primera vez después de más de diez años, volvía a subirse a una moto y la verdad es que le daba miedo la reacción que tendría. Se asombró a sí misma cuando, tras agarrarse con dedos atezados a los asideros del asiento de atrás, se dio cuenta de que, por algún motivo, confiaba en aquel desconocido, probablemente porque su propia arrogancia le había convencido.

Por su parte, Pau cumplió su promesa de no correr. No adelantó un solo coche, procuró no frenar bruscamente y llegaron lentamente, por las callejuelas de detrás del Ayuntamiento, a un bar irlandés donde esperarían a Paco.

En cuanto pidieron un par de cervezas, se sentaron en unos taburetes ante la barra, con unos panchitos como acompañamiento.

Al ver que Pau la observaba comer, Iciar casi gritó:

—¡No! —Y levantó la mano izquierda como un guardia de tráfico, mientras que con la derecha se metía un puñado en la boca.

—¿No qué?

—No me echas el rollo de que es antihigiénico comerse estos panchitos, que antes que yo han estado sobándolos a lo largo del día todos los que han pasado por aquí... —Y, ante las cejas erguidas del policía, cogió unos cuantos más—. No quiero oírlo.

Pau solo comenzó a reírse y, ante la mirada divertida de la joven, cogió él mismo otro puñado.

—No soy escrupuloso. De pequeño me comía los chicles del suelo escupidos por otros niños.

Iciar se llevó las manos a la boca, en un gesto de fingido horror mientras se reía a carcajadas. Pau observó fascinado cómo sus bellos ojos se achinaban graciosamente a causa de la alegría.

—Eso fue solo el principio —añadió complacido con ella.

—¿Te importa beber del vaso de otro? —le retó Iciar.

—En absoluto.

—A mí tampoco —admitió ella encogiéndose de hombros, restándole así importancia.

El silencio se instauró un momento entre los dos. Pau lo rompió acercándose hacia ella desde su mayor altura y, mirándole significativamente a los ojos, le dijo:

—Todavía mastico los chicles usados —la provocó—, siempre y cuando me los dé una chica guapa.

Icár se lo quedó mirando. Sí, se imaginaba muy bien que había ahí una buena falta de escrúpulos. Solo por fastidiarle decidió contarle un chiste verdaderamente asqueroso:

—Ten cuidado. Ya sabes lo que le pasó a esa pareja de novios que se estaban besando en el parque.

Él negó con la cabeza, intuyendo que le esperaba algo bueno.

—El chico le pregunta a la chica entre beso y beso: «Cariño, ¿me has pasado un chicle?». La chica, mirándole avergonzada le confiesa: «¡Ay, no! Es que estoy constipada...». —E Icár irguió las cejas con gesto significativo, como un peculiar aviso con lo que se podría encontrar.

Pau admitió para sus adentros que su compañera de cerveza había ganado por goleada, pero decidió sacarla de sus casillas solo por ver qué le contestaba a continuación:

—No me importaría que me pasase eso si fuera contigo —le dijo maliciosamente.

Pero, para su sorpresa, Icár se mostró escandalizada.

—¡Por Dios! ¡No seas guarro, anda!

Las risas se les cortaron a los dos en cuanto entró Paco, y Pau, sin apenas terminarse su bebida, se marchó.

Icár trató de no sentirse dolida porque se fuese tan rápido y evitando mirarla directamente a los ojos. No tenía sentido que su amor propio se ofendiera porque un hombre al que acababa de conocer —y sí, no se podía engañar a sí misma, que le había parecido atractivísimo y con sentido del humor—, se hubiera largado como alma que lleva el diablo en cuanto le libraron de la tarea de hacer de niñera.

Aunque alguna vez había oído a Paco hablar de su íntimo, nunca le había interesado prestarle mucha atención, y hoy se arrepintió de no haberlo hecho. Disimuladamente, procurando que no se notara, le preguntó por él.

—Es mi mejor amigo. Desde pequeños somos uña y carne. Exceptuando los años de la carrera que, como sabes, yo pasé en Madrid, siempre hemos estado juntos.

—Y juntos os metisteis en la Policía —le animó a ser más explícito Icár.

—Sí, fue idea de Pau. —Paco se rio—. Él había estudiado Derecho, y yo, como ya sabes, Económicas, pero, aun así, nos dio un día de borrachera por salvar el mundo y aquí estamos. —No se le pasó por la cabeza dar los detalles: probablemente ninguno de los dos se lo había contado a nadie. Era uno de esos tantos secretos que compartían entre amigos. —Y, a pesar de todo el tiempo que llevamos juntos, somos muy distintos. —Y quizá pecando un poco de indiscreción, añadió—: Pau es un conquistador, un mujeriego. Se puede ligar a cualquier chica que se proponga y también sin proponérselo.

«No me extraña, pensó Icár, el físico desde luego le acompaña».

—Y yo... sin embargo... —Paco pensó en lo lamentablemente que se había comportado siempre con las mujeres y en especial con Icár. Ella, más que ninguna otra mujer, le dejaba sin palabras—. Bueno, ¡somos distintos!

Como el policía parecía ahora molesto, ella se las arregló para cambiar de tema.

Había quedado con unos amigos para salir. Llevaba todos los viernes y sábados de su vida haciéndolo, como un ritual. Contadas excepciones, y muy justificadas, se había quedado sin plan. Aquella era la primera noche que pensaba hacerlo y por ningún motivo aparente. Tras dejar a Icár y a Paco en el irlandés se había ido directamente a casa.

Tenía el privilegio de muy pocos: una parcela a pie de mar con una playa que había sido antiguamente particular y que, aunque ahora estaba abierta al público, tenía tan difícil acceso que seguía siendo él el único en disfrutar de su uso. Estaba situada entre la ciudad de Alicante y Urbanova. El edificio, de una sola planta, fue construido mucho antes del *boom* turístico e inmobiliario y Pau lo había heredado de su abuelo, que durante años había desmerecido esos terrenos, así como otros adyacentes, los humedales, calificados hoy como zona protegida. El terreno de Pau contaba con un amplio jardín, en el que se había plantado un cuidado césped y, con ayuda de un arquitecto amigo, de la construcción original, había perfilado una casa moderna, de líneas rectas, un tanto cubista, con amplias cristaleras cara al mar que recibían, además, todo el sol del mediodía. La parte del edificio orientado a poniente tenía menos luz y peores vistas, ya que daba sobre la carretera, por lo que allí había dispuesto los dormitorios de invitados y otras habitaciones menores, mientras que el suyo, el salón comedor y la cocina, daban al jardín y, por lo tanto, a la playa.

Con la costumbre habitual, Pau no metió la moto en el garaje, sino que la aparcó en la entrada de la casa y, dando rienda suelta al ánimo sombrío que le acompañaba, se sirvió una copa de vino y salió con ella en la mano al porche de levante, donde las luces de la noche ya se habían apropiado del ambiente. La luna se reflejaba en el mar, un Mediterráneo tranquilo que, a pesar de vivir en él desde que nació, todavía impresionaba a Pau. Sin embargo, ni el paisaje, ni la suave brisa, ni la magnitud de lo que le rodeaba contribuyeron a aplacarle.

Por fin había conocido a Icár, de la que había oído hablar a Paco sin parar ya cuando este venía de vacaciones en sus años en la universidad. En aquellos tiempos, Pau se reía de él porque su amigo nunca se atrevía a decirle nada a la chica. Las veces que Paco venía a Alicante juraba que el próximo trimestre le pediría salir, pero volvía el siguiente período de vacaciones reconociendo no haber sido capaz de lanzarse. Y eso que sabía por Aitana que Icár también estaba detrás de él.

Para alguien como Pau, para quien ninguna mujer, excepto su madre, había ocupado más de dos pensamientos en su cabeza, acostumbrado como estaba a ser conquistado, más que a conquistar, y para quien desear algo era el equivalente a poseerlo inmediatamente, los escrúpulos e indecisiones con las que se andaba Paco eran difíciles de entender, tanto como que un hombre pudiera ser fiel al amor de una mujer incluso antes de estar con ella y durante innumerables años. Y aunque jamás lo reconocería en voz alta, el

apasionamiento frustrado de Paco por Iciar, siempre le había causado admiración y una pequeña envidia, pues sentía que se perdía algo al no haber experimentado jamás un amor así. Claro que, esta idea, no lograba quitarle el sueño. Con un encogimiento de hombros, Pau aceptaba que cada hombre era diferente y que él estaba hecho de una pasta diferente, más fría, e incapaz de ese tipo de sentimentalismos.

Cuando Iciar se vino a trabajar a la ciudad el pasado septiembre, Pau se alegró por su amigo, pues creía que, por fin, Paco, que nunca mostraba excesivo interés por ninguna mujer, sentaría la cabeza y tendría una relación, que tanta falta le hacía, pues su íntimo era, en el fondo, un romántico empedernido. Después de algunas entrevistas en las que Paco veía a Iciar aprovechando un sinfín de cenas multitudinarias organizadas principalmente por su hermana, hacía un mes que se había lanzado a llamarla para quedar a solas de vez en cuando.

Pau sonrió al recordar el agobio de Paco esta tarde. Su amigo se había comprometido en recoger a Iciar en la facultad para ir al cine, pero había tenido una reunión con el alcalde de Benidorm y dos concejales sobre medidas de seguridad, y a la hora en la que debería ver a la joven estaba todavía en su coche, corriendo a toda velocidad por la autopista. Pau había accedido a ir por la chica y llevarla hasta el irlandés de mala gana. Hasta que la vio.

Tenía Iciar un aire a estudiante eterno con su pelo castaño mal peinado, su mochila y un ligero gesto de aburrimiento. Pero la sonrisa que le ofreció a Pau una vez que este se disculpó en nombre de Paco, le desarmó. Y aquellos ojos, cuando ella se quitó las gafas de sol para ponerse el casco, le recordaron al policía a un collar de esmeraldas que solía ponerse su madre en las grandes ocasiones. Nunca antes se había sentido así ante una mujer. Y no estaba contento con lo que le pasaba.

¿Se podía ser tan miserable como para querer a la mujer de un amigo? ¿Se podía ser tan ruin como para desear justo lo que no se debe tener?

Haciendo caso omiso del teléfono que empezó a sonar, Pau siguió con sus oscuras reflexiones. Quizá, se consoló pensando, después de tanto tiempo oyendo a Paco contar cosas sobre ella, solo le había faltado poner el físico para completar la imagen. ¿A cuento de qué, si no, se había sentido tan inesperadamente a gusto mirándola? De hecho —Pau no tuvo ningún problema en reconocerlo ante sí mismo— había conocido a mujeres cien veces más hermosas, con un cuerpo mucho más impresionante que ese escaso metro sesenta de estatura de Iciar, dotado de pocas curvas —aunque estas fueran en los lugares adecuados— y, sobre todo, ninguna de ellas llevaba colgado tan clarísimo como esta el cartel de «prohibido el paso». ¿Es que se podía uno obsesionar con una mujer con tan solo media hora de estar con ella?

Daba igual, pensó Pau. No venía al caso descubrirse ahora sentimientos hacia ella que nunca había tenido anteriormente por ninguna otra persona. Esa mujer era tan sagrada para él como una hermana, tan intocable como una monja. En cuanto pasara unos días sin verla, todas esas absurdas sensaciones que habían despertado sus malditos y maravillosos ojos verdes,

habrían desaparecido. En su mano estaba no volverla a ver y eso es precisamente lo que haría.

Tema cerrado.

¡Por el amor de Dios! ¡Había mil cosas más en las que pensar! Al día siguiente jugaba el Real Madrid, lo que era mucho más importante que esa naricita cargada de pecas que asomaba por debajo de la visera del casco.

¡A tomar por saco! Claro que iba a salir. Siempre salía los viernes. De sobra sabía que encerrarse en casa era deprimente por sí solo, no hacía falta añadir a la ecuación fantasías sobre el amor de toda la vida del mejor amigo para sentirse un miserable.

Tardó menos de cinco minutos en volver a subir en la moto y desaparecer a toda velocidad.

Sin embargo, ni siquiera una noche de borrachera consiguió evitar que Pau soñara con Iciar, un sueño de lo más placentero que, precisamente por lo agradable que fue, le dejó de mal humor para el resto del día.

Durante las semanas siguientes, Pau procuró escuchar impasible los comentarios de Paco sobre sus lentos avances con Iciar y la desesperación de su amigo por no encontrar nunca el momento adecuado para declararse ni la suficiente valentía, e interiormente sentía una malsana alegría porque la mujer que le estaba volviendo loco no perteneciera todavía a ningún otro.

Capítulo 2

El jueves de Santa Faz, Iciár se levantó a la inhóspita hora de las seis y media de la mañana. Había quedado con María Jesús Sierra, una colega de la facultad que vivía en el barrio de San Blas, en pasar a recogerla con el coche de su compañera de piso para hacer juntas la romería hasta el Monasterio. Iciár quería vivir las fiestas y celebraciones propias de la ciudad porque tenía la convicción de que era la mejor manera de hacerse con un sitio nuevo, ambientarse y conocer a sus gentes y poder sentirse a gusto. Así que, a las siete en punto, en un Alicante completamente dormido, aparcó ante la puerta del restaurante chino del bajo del edificio de la casa de su colega. Apagó las luces y el motor, pues no sabía cuánto tardaría María Jesús en llegar ya que, tal y como habían acordado, no la llamaría al telefonillo para avisarla de su llegada, evitando así despertar a su marido y a sus hijos que, tratándose de un día festivo, podían dormir hasta tarde, y seguía sin móvil con el que poder enviarle un mensaje de que ya estaba abajo.

Con el cerebro todavía hecho un puzle, Iciár, que era de despertar lento y en esos momentos echaba miserablemente de menos su cama, se decía a sí misma: «esto es un disparate», «estamos locas», «con lo bien que se está soñando». Y dudó de la cordura de su amiga, que le había asegurado que prefería irse de romería con ella, ¡a esas horas!, y escapar un rato de los niños a tener que hacer frente a los desayunos y arreglos de su casa y su familia.

Estaba Iciár completamente ensimismada, cuando llegó un coche. «No somos las únicas en madrugar hoy», se dijo, buscando un tonto consuelo en el mal de muchos. Miró el Audi negro que se acercaba y que aparcó en segunda fila, casi al lado de donde ella se encontraba. Como el reflejo de las luces delanteras le impedía ver la oscuridad del interior, desvió la vista hacia la matrícula y le llamó la atención que esta tenía la misma numeración que los números rojos del reloj digital del salpicadero de su coche, al que acababa de echar un vistazo y que marcaba en ese momento las siete y cuatro minutos, así como que las letras eran las mismas que las siglas de su antiguo departamento: DGA (Didáctica General Aplicada).

Con una media sonrisa, sacudió su cabeza, burlándose interiormente de sus absurdas conexiones. El reloj del salpicadero marcó un minuto más y desapareció su similitud con la matrícula del automóvil. Pero entonces, de la parte delantera se bajaron dos hombres de raza china. Uno de ellos tenía en

la mejilla una cicatriz rosada, lo cual indicaba que era relativamente reciente, que le bajaba desde el ojo hasta la comisura de los labios y llevaba un colgante de oro pendiente de la oreja. Iba vestido de negro de arriba abajo, con pantalones de pinzas y camiseta de cuello alto y manga larga. Su acompañante era un hombre enorme. Con unos pocos kilos de más, a Icár no le hubiera extrañado que fuera un luchador de sumo. La papada le sobresalía por debajo de la barbilla y le costó esfuerzo bajarse del coche. Estaba completamente calvo y vestía una camisa blanca y un pantalón oscuro. Ninguno de ellos se percató de la presencia de la joven, circunstancialmente quieta en la cabina del coche, a pesar de que pasaron a escaso medio metro de distancia.

Entraron en el restaurante, completamente apagado y con apariencia de cerrado, por una puerta lateral delante de la que se encontraban los contenedores de basura y de reciclaje municipales y sobre la que se había pintado un dragón verde con adornos en llamativos colores.

Cuando desaparecieron de su vista en el interior del local, llegó María Jesús y las dos mujeres se fueron en dirección a la concatedral, desde donde comenzarían su andadura con el resto de peregrinos.

—Levántate, vaguete, que tenemos trabajo —Paco despertó sin remordimiento alguno a Pau a la una del mediodía.

—¡Joder! Ya puede ser importante porque te recuerdo que es fiesta.

—Nunca es festivo para las fuerzas de la ley y el orden. La justicia jamás descansa —le dijo animadamente Paco solo porque sabía que a Pau le molestaba que le hablasen recién levantado y mientras le veía encerrarse en el cuarto de baño para darse una ducha. Tampoco sintió ningún remordimiento al tomarse el único café que quedaba hecho en la cocina, aun sabiendo que sin su correspondiente dosis de cafeína su compañero se ponía del peor de los humores. Después de todo, se decía, fastidiar a los demás es prerrogativa de los amigos y de los madrugadores.

Con un Pau que rumiaba su mal genio en silencio y un Paco pletórico y cantarín, se dirigieron hacia el barrio de San Blas donde, en un restaurante chino, se habían encontrado los cadáveres del matrimonio que lo dirigía.

Los dueños del local habían habilitado ilegalmente parte del almacén como vivienda. En la nave de detrás de la cocina, en una habitación sin ventanas ni respiradero, habían acomodado una cama doble, un par de mesillas de noche, algo parecido a una mesa de despacho y unas estanterías. Una alfombra barata pero colorida escondía el triste suelo de cemento.

El hombre, de raza china, de unos cincuenta años, había muerto de una bala en el corazón, un tiro a corta distancia, a la entrada del dormitorio. La mujer, también oriental, unos diez años más joven, había recibido un tiro directo en la frente seguramente mientras dormía, por lo que probablemente habían utilizado silenciadores y la restauradora no había llegado a despertarse.

Según el forense, la hora aproximada de ambos fallecimientos rondaba las siete de la mañana, pero había que esperar a un análisis completo de los

cuerpos para recibir los pormenores.

—¿Qué opinas? —le preguntó Paco a Pau mientras echaba una experimentada mirada por la escena del crimen.

—Mafia china —contestó Pau, a la vez que descubría una caja de zapatos llena de billetes de veinte euros, lo que descartaba por completo el robo—. Habrá que entrevistar a los familiares y amigos, pero tiene toda la pinta de un ajuste de cuentas —dijo a la vez que le mostraba a Paco el dinero.

—¿Algún testigo? —preguntó Paco a un policía uniformado que estaba recogiendo pruebas.

—No, señor, aunque dudo que nadie viera ni oyera nada. Hoy es fiesta. Todo el mundo que no ha ido a la procesión estaba durmiendo.

Pau y Paco acordaron con el comisario ir a tomar declaraciones a las personas correspondientes a una agenda de teléfonos que encontraron, perteneciente al matrimonio muerto, para ver si sacaban alguna pista de la identidad de los asesinos o motivos, a la espera de que la policía científica ofreciera los resultados de las balas, las heridas y quizá algún indicio sobre los autores: huellas, restos, algún descuido que les permitiera identificarles o conocer su ADN...

—¿Estuviste ayer con Iciar? —no pudo evitar preguntar Pau como al descuido. Se maldijo a sí mismo en cuanto las palabras escaparon de su boca. No conseguía olvidar a la muchacha y quería saber cómo le iban las cosas a su amigo con ella.

—¡Qué va! Cada vez está más esquiva. La excusa de anoche es que hoy se iba a levantar temprano para hacer la romería de la Santa Faz con una amiga. ¿Te puedes creer?

Aunque se sentía como una rata alegrándose de que a Paco no le fuera bien, Pau no se hacía ilusiones. Tampoco él podría salir con ella sabiendo lo enamorado que había estado siempre su amigo, pero sentía una alegría infantil, un consuelo absurdo al pensar que, si no podía ser para él, al menos no era para nadie más. Sabía que era algo absurdo y esperaba que se le pasara. ¡Qué carajo! Se le debía pasar.

El resto del día de fiesta los dos amigos policías estuvieron trabajando en el nuevo caso.

Capítulo 3

La mañana del lunes Icár se la pasó en la biblioteca de la facultad examinando unas crónicas del Padre Juan Bautista Maltés de gran valor, tanto lingüístico como histórico, del siglo XVIII. Su trabajo de investigación era algo que le encantaba y le estaba permitiendo además elaborar una ardua tesis para obtener de una vez por todas el ansiado doctorado. Por contrato, no tenía más remedio que impartir algunas clases a estudiantes, a pesar de que no le gustaba, pero lo hacía con gusto como pago por poder acceder al tipo de documentos que tenía entre manos. Estudiando textos antiguos era completamente feliz. El tiempo volaba cuando leía impresionada, a pesar de haberlo hecho numerosas veces, la letra meticulosamente escrita por un monje desaparecido siglos atrás que había dedicado su vida a transcribir y copiar, con cuidado infinito, entre las paredes de un frío monasterio de piedra. Todavía hoy le llamaba la atención a Icár la amorosa dedicación, las horas completas de toda una existencia invertidas en la contemplación y en conservar para el resto de la humanidad el saber del momento o los textos religiosos aprobados por la curia. Y era tal el apasionamiento de Icár por tales cosas, que solo por una casual distracción de un móvil sonando en la sala cercana volvió a la realidad en la que vivía y no llegó tarde a su cita para comer con María Jesús. Esta, deseosa de ver a su amiga asentada y casada como ella, en cuanto se sentaron en su mesa habitual, le preguntó por Paco, de quien ya se había formado muy buena idea.

—No sé. Este fin de semana no me ha llamado. Creo que se está empezando a oler que no me gusta que me agobien. Y lo prefiero así, no creas. Tú, ¿qué? ¿Has tenido muchas agujetas de la caminata? —le preguntó Icár haciendo referencia a la romería.

—Un poco sí. El jueves me costó mucho terminar el día. Por cierto, no sabes qué susto. Al volver a casa de la Santa Faz, había un montón de coches de policía y toda la zona de entrada a mi urbanización estaba acordonada. Se me puso el corazón en la garganta. Enseguida pensé que les había pasado algo a los míos.

—¿Estás loca? —preguntó Icár incrédula—. ¿Por qué a los tuyos?

—Y yo qué sé: una explosión de una bombona de butano, un niño que se cae por la ventana...

—¡Qué exagerada! —Icár se echó a reír, ajena a los miedos inexplicables

que comparten todas las madres del planeta—. ¿Qué pasaba en verdad?

—Muy fuerte: que mataron a los del restaurante chino de abajo.

—¡Qué horror!

—Sí. Además, eran una pareja encantadora. Supertrabajadores. Joaquín y yo solíamos encargarles algo de cena de vez en cuando, ya sabes, cuando queríamos hacer como si hubiéramos salido de casa, pero ahorrándonos la canguro. A pesar de que no tenían servicio a domicilio, antes de que pudiéramos bajar a buscarlo, ya nos había subido alguno de los camareros el pedido. Una pena. Y debió de ser poco después de irnos nosotras porque dicen que les mataron sobre las siete de la mañana, lo leí en el *Información*.

—¡Venga ya! Pues justo mientras yo te esperaba vi entrar a dos hombres chinos en el restaurante. Vinieron en un coche. Luego bajaste tú y nos fuimos antes de que salieran.

—¿Te imaginas que sean los asesinos?

—Prefiero no imaginármelo —dijo Icías, que se esforzó por desechar los escalofríos que le recorrieron la espina dorsal.

—Pues deberías hablar con la policía.

—¿Tú crees?

—Sí. Nos vamos juntas a mi casa cuando terminemos y al agente que hay por allí se lo cuentas a ver qué opina. ¿Te parece?

—Vale —dijo Icías, y cierta intranquilidad se apoderó de ella, pero la desechó por fantasiosa y peliculera.

Cuando llegaron al barrio de María Jesús, había efectivamente un agente en la puerta del restaurante que tomó declaración a Icías así como sus datos, para que los responsables de la investigación se pusieran en contacto con ella si lo consideraban necesario. La joven procuró en todo momento recordarse que no estaba siendo interrogada, a pesar de la seriedad del agente y su parquedad, y que estaba haciendo una buena acción y colaborando por una buena causa. Solo esperaba estar equivocada y que los dos hombres que vio no estuvieran relacionados con el caso. La expresión hermética del hombre tomando notas ante ella solo le sirvió para darse ánimos. ¿No se mostraría más interesado si sus palabras tuvieran importancia?

—Súbete a tomar una copilla antes de irte y así ves a los niños —la invitó María Jesús cuando hubo terminado.

Al llegar al piso de su amiga, de cuatro dormitorios y ubicado en un conjunto residencial especialmente pensado para los pequeños, con jardín, piscina y pista polideportiva comunitarias, se encontraron con una pequeña tragedia familiar. El de menor edad de los niños, de tan solo dos años de vida, estaba en plena asfixia respiratoria. La niñera le había administrado ya ventolín con la AeroChamber, pero el pequeño seguía sin respirar bien y con un ligero color morado en los labios. Según María Jesús ya había explicado en otra ocasión a Icías, el bebé había nacido muy prematuro y, entre las secuelas, le había quedado una displaxia broncopulmonar de la que tardaría unos cinco años en recuperarse según le habían informado los pediatras.

—Me lo llevo al hospital. —La madre ni lo dudó al ver el estado del pequeño—. Lourdes —añadió dirigiéndose a la canguro—, no te vayas todavía, por favor. Da de cenar y acuesta a los otros dos. Y tú, Icár, ¿te puedes quedar con ellos hasta que venga Joaquín?

—Claro, yo ayudaré a acostarlos. No te preocupes —y lo decía convencida y de buena gana, no solo porque le gustaban los niños y había empezado a querer a su compañera de trabajo, sino porque Icár era de las que arriman el hombro cuando un amigo está en apuros, sin tratar de escurrir el bulto. Además, ella no tenía ninguna responsabilidad más que su trabajo, así que estaba libre para ese tipo de cosas.

La única medida que tomó, a pesar de que su compañera de piso no lo hacía nunca con ella, fue avisar a Carolina, una publicista con la que compartía los gastos de alquiler, de que no iría a cenar. A Icár le daba pena reconocer que no habían congeniado la una con la otra. Puestos a vivir juntos, siempre era mejor hacerlo con alguien con quien compartir algo más que un espacio, media nevera y la mitad de los armarios de la cocina. Pero Carolina había resultado seguir viviendo, a pesar de sus treinta y cinco años, como una quinceañera, sin preocuparse por el estado en que dejaba las cosas y espacios comunes después de usarlos —lo cual no generaba más que disgustos internos a Icár, que no tenía ganas de estar todo el día enfadada con ella y quejándose por todo—, e invitando a hombres continuamente, a pesar de que habían acordado con anterioridad que no llevarían a nadie (sin especificar siquiera el sexo) sin consultarlo con la otra. Carolina había aducido que traerse el novio a casa no podía considerarse invitación e Icár había contestado que aquellos cuarentones de espíritu joven, con gafas de sol de cristales azules, zapatillas converse, perillas bien cuidadas con aire descuidado y piercings en la lengua o en la nariz, que ganaban más que un ejecutivo sénior de la mejor compañía por idear extravagantes campañas de publicidad, no podían ser tampoco considerados novios cuando solo duraban un día.

Jamás llegaban a un acuerdo al respecto, por lo que Icár había desistido. Sin embargo, su vena familiar le instaba a seguir manteniendo una mínima cortesía. Recibió con agrado que Carolina contestase a su llamada (ya que casi nunca atendía el teléfono cuando, tras mirar el visor identificador de llamadas, desconocía el número) y la joven le informó de que seguramente estuviese despierta cuando ella volviera, pues pensaba ver una peli de DVD que acababa de alquilar.

Sin embargo, ni María Jesús ni su marido volvieron tan pronto como esperaban y, mediante una llamada telefónica, pidieron a Icár que continuara haciéndoles el favor de aguardar a que llegaran.

Hasta las tres de la mañana no aparecieron por la puerta, cansados, pero ya tranquilos, con el niño dormido en los brazos.

—Perdona esta encerrona —le dijo María Jesús en un susurro—, pero es que le han tenido que poner un buen rato la mascarilla.

—¿Ya está bien? —preguntó Icár mientras se estiraba como un gato después de haberse quedado medio dormida ante el televisor.

—Sí, le pasa con frecuencia, aunque a medida que va creciendo las crisis

se espacian más.

—Pobrecillo.

—No, pobre tú. —La profesora de facultad la miraba con cariño y agradecimiento—. Ahora te lleva Joaquín a casa. Muchas gracias por todo.

Icár ascendió las escaleras de su portal despidiéndose con la mano de Joaquín, que la había llevado en el monovolumen familiar deshaciéndose en expresiones de gratitud, y cogió el diminuto ascensor, instalado hacía tan solo tres años en el hueco de la empinada escalera antigua, para subir al tercer piso donde vivía.

Lo primero que le llamó la atención a Icár fue que la puerta de la casa estaba abierta. La casa a oscuras no daba respuestas. Una vez dentro, descubrió que no podía cerrarla. La cerradura se había encasquillado y no enganchaba. Encendió una lámpara de pie que daba una tenue luz y se paró a escuchar. El pequeño piso estaba en silencio. Pensando en qué diablos habría pasado para que el bombín quedara en ese estado, por qué Carolina no había puesto el fac y cómo podía haberse ido a dormir sin haberlo hecho, Icár dejó su bolso en el velador de la entrada y sus llaves en el vacío-bolsillos de cerámica que había comprado en la feria de Valencia, para agacharse a mirar mejor el bombín.

¿Se habría cansado Carolina de esperarla y, sabiendo lo mal que se le daba abrir el fac —ya se había quedado en el descansillo un par de veces esperando a que su compañera regresara de salir, por su incapacidad para abrirlo— había preferido dejar la puerta abierta? ¿O su distraída vecina de dormitorio ni siquiera se había dado cuenta de que estaba estropeada y dormía tranquila pensando que estaba segura?, se preguntó mientras conseguía por fin, encajar la puerta en su marco.

—¿Carolina? —llamó Icár en voz baja. Sin apenas hacer ruido se dirigió al dormitorio de su compañera después de cerrar la entrada con dos vueltas de llave, como hacían siempre.

La puerta del dormitorio de su amiga estaba entreabierta y, a la tenue luz que proyectaban los números verdes de su radio despertador, Icár adivinó el cuerpo de Carolina en la cama, tumbada de lado y semicubierta por la colcha. Al menos estaba sola. Iba a volverse y cerrarle la puerta, cuando decidió que era mejor saber qué había pasado, pues a la mañana siguiente, Carolina no se levantaría hasta mucho más tarde que Icár se hubiera marchado y le molestaría más que ahora ser despertada.

Un par de golpes en el hombro de la joven que estaba dormida no despertaron su alarma hasta que presintió que el cuerpo en sus manos parecía demasiado inerte. Con súbito terror deslizó una temblorosa mano hacia el interruptor de la luz de la mesilla de noche para encontrarse a Carolina con un agujero en la frente del que había manado abundante sangre todavía húmeda desparramada por toda la almohada. Los ojos semicerrados mirando al vacío de su compañera de piso, así como percibir el penetrante olor que no había sabido identificar con anterioridad, le transmitieron la horrorosa y cruda realidad.

Icár sintió que se le erizaban los pelos de la nuca. El miedo fue tan real e hizo presa de su cuerpo de tal forma, como nunca antes lo había sentido. ¿Habría alguien más en la casa? Su soledad y la posibilidad de que el asesino estuviera aún en su hogar eran las dos ideas que se volvieron más acuciantes, provocando un pavor paralizante. Por un momento, todo el dormitorio y el cuerpo fallecido de su amiga bailaron a su alrededor, girando a una velocidad increíble. La sensación de vértigo fue tan fuerte y tan real como si estuviera montada en una noria ultrarrápida. A toda prisa se dirigió a la salida, abrió la puerta pronunciando unos gemidos de los que ni siquiera era consciente y, sin esperar el ascensor, subió al piso de arriba, entre sollozos y respiración sibilante, donde vivía un matrimonio de mediana edad con sus dos hijos. Icár les tiró la puerta abajo a timbrazos hasta que consiguió que le abrieran. La recibió la cara somnolienta de la mujer, a la que le cambió el color al escuchar la historia de Icár, que trataba de transmitir mientras, sin contemplaciones, empujó el cuerpo de su anfitriona para pasar dentro y cerrar la puerta tras de sí de un portazo.

Llamaron a la policía y la esperaron allí, ya que tampoco el marido de la vecina se atrevió a bajar, y aguardaron a que llegara la patrulla con un nerviosismo y una incapacidad totales para tener un comportamiento normal. Cuando se presentaron los agentes, el marido acompañó a Icár al piso, deseando curiosear. Fue entonces cuando a la joven se le ocurrió que aquello podría estar relacionado con los asesinatos del restaurante chino y su declaración de aquella tarde, pero no dijo nada por temor a parecer una exagerada.

No quiso entrar en la habitación de su amiga. Aunque nunca podría olvidar la imagen de Carolina muerta en su cama, se sentía incapaz de enfrentarse otra vez a ella. Por su parte, los policías mandaron a su vecino a acostarse mientras hablaban por la radio con la central.

Icár, que hubiera deseado marcharse con él y que los inquilinos de arriba le permitieran dormir en una alfombra en el suelo y olvidarse de todo, fue a su cuarto a sentarse ante su mesa, sin saber muy bien qué hacer. De manera inconsciente, elevó unas plegarias al cielo por el alma de su amiga, tal y como le habían enseñado de niña, y la monotonía de los rezos pareció traerle algo de tranquilidad a su desbocado corazón.

Capítulo 4

El teléfono sonaba estruendosamente, o eso les parecía en el silencio de la noche a los dos cuerpos que dormían plácidamente. En la cama de Verónica, una conocida con la que Pau estaba pasando la noche, el policía miró en su reloj de pulsera que eran las cuatro de la mañana. Sabía que sería algo referente al trabajo y nada bueno. Nunca eran buenas noticias a esas horas. Ahogando una maldición, alargó la mano hasta su teléfono móvil.

—¿Es el tuyo? —le preguntó Verónica somnolienta.

—Sí, ya voy —dijo mientras se incorporaba para contestar.

—¿Inspector? —preguntó la voz del agente al cargo de la centralita de comisaría—. Han llamado los oficiales Suárez y González. Ha habido un asesinato en el centro. Al parecer han matado a la compañera de piso de la testigo del caso del restaurante chino.

—¿Qué testigo? —preguntó Pau, que se despertó del todo de golpe y porrazo al escuchar las noticias.

—Una joven ha pasado a última hora de la tarde a hacer una declaración. Se la han dejado en su despacho, pero usted ya se había ido. Al parecer, al regresar a su casa hace unos quince minutos se ha encontrado a su compañera de piso en la cama, muerta de un disparo en la frente. Todo parece indicar que el arma es la misma que la empleada en el caso del restaurante chino, así como el *modus operandi*.

—¡Joder! Dame la dirección que voy para allá enseguida —contestó Pau mientras se ponía rápidamente el jersey y los vaqueros.

—¿Me llamarás? —le preguntó Verónica, ya completamente desvelada, sentada en la cama con un diminuto camisón de seda de tirantes.

—Claro —contestó Pau mecánicamente y con la cabeza ya en el trabajo antes de salir del piso.

Desde su dormitorio, Icíar oía a los dos policías hablar entre ellos y examinar el cuarto de Carolina y la puerta de entrada. Sabía, porque en el silencio reinante había conseguido entender algo de sus conversaciones, que en breve llegaría el médico forense, un fotógrafo, un detective, un subinspector... y un largo etcétera. Ella se preguntó qué debería estar haciendo, pero su mente estaba completamente incapacitada para darle ninguna idea. Solo permanecía allí, sentada, aparentemente en calma

mientras que su cerebro trabajaba a mil por hora lanzando ideas inconexas, imágenes de todo lo pasado y una interminable sucesión de pensamientos inacabados y sin sentido alguno que Icár se encontraba incapaz de seguir.

—Disculpe. —Uno de los policías había entrado en su cuarto, permaneciendo discretamente en el umbral, como si le diera miedo asustarla acercándose.

Icár salió de su estupor y levantó la cabeza.

—Los padres de la mujer fallecida, ¿sabe usted cómo localizarlos? —le preguntó el agente—. ¿Quiere llamarlos usted o prefiere que lo hagamos nosotros?

¡Dios Santo! ¡Los padres de Carolina! Icár solo los había visto una vez. Una agradable pareja que pasaba de los setenta años. Vivían en Aspe y tenían tres hijos más, y alardeaban, cuando Icár los conoció, de estar esperando su sexto nieto. ¡Cómo no había pensado en ellos! ¿Qué era mejor para esa amable pareja? ¿Importaba quién daba el mensaje? ¿Cambiaba en algo el dolor por la muerte de una hija según quién diera la noticia? ¿Qué preferirían ellos? ¿Y ella? ¿Sería ella capaz de llamarles y contarles lo más tranquilizadamente posible lo que había pasado, el irreal crimen del que había sido objeto Carolina?

Sin embargo, no tuvo tiempo de contestar: alguien más había entrado en el piso, ya que habían dejado la puerta abierta. Icár miró por encima del hombro del uniformado ante ella, pero no consiguió ver nada. Oyó un ruido silbante y un golpe seco procedente del cuarto de Carolina, y vio cómo el policía que estaba con ella desenfundaba su arma rápidamente. Aunque no lo suficiente. Otro ruido silbante y el golpe de la bala en pleno corazón. El agente que hacía unos segundos le realizaba las preguntas cayó al suelo también, delante de Icár, como si sus piernas fueran de goma. La joven se puso en pie por instinto. Su mente fue certera al reaccionar: ahora le tocaba a ella. Alguien había matado a los dos policías. Allí estaba. Unos ojos rasgados, orientales. Un hombre de raza china vestido de negro. El color del luto y de la muerte. Le encañonó una pistola en la frente. Sonó un ruido ensordecedor, pero Icár no sintió nada. Sin comprender las cosas todavía, vio al joven chino caer al suelo como un muñeco de trapo. Entonces vio que el disparo había salido de otra arma que había apuntado al asesino por detrás y que la portaba... ¡Pau!, el amigo de Paco.

—¿Estás bien? —le preguntó Pau una vez hubo aceptado que la testigo de su investigación, por desconcertante que pareciera, era la Icár de Paco. Dando gracias a Dios por haber llegado a tiempo, miró su rostro pálido y sus ojos agrandados por el miedo y la incompreensión—. Vámonos. —Le tiró de la mano—. Tenemos que salir de aquí. Te llevaré a un lugar seguro.

Sin saber cómo, las piernas de Icár se pusieron en marcha como soldados bien entrenados a las órdenes del policía. Cogidos de la mano, Icár y Pau bajaron al galope por la escalera e, inexplicablemente, la joven no perdió pie. Como un autómeta, el cuerpo hacía lo que se esperaba de él a pesar de que su mente se encontraba completamente bloqueada. Si antes el cerebro no había parado de mandarle mensajes cifrados, dispartados, ahora su mente estaba completa y totalmente paralizada.

La moto de Pau aguardaba en la puerta. El policía se montó el primero, soltando la mano de Icár, que había agarrado con fuerza en todo momento para empujarla a moverse. Icár se quedó inerte, en pie ante la moto, sin moverse.

—Vamos, ¡sube! —Pau volvió a cogerla de un brazo e Icár se sentó mecánicamente. Inconscientemente se aferró a la cintura de Pau como si fuera su tabla de salvación.

Un coche azul marino se acercaba despacio por la carretera, con las luces apagadas, y Pau supo que era el momento de salir pitando. No podía permitirse ni un segundo para calmarla, a pesar de que eso era precisamente lo que quería hacer. Arrancó la moto, todavía en la acera, justo cuando el coche llegaba a su altura y se bajaba la ventanilla del asiento del copiloto por la que se dejó ver un arma. Se oyeron dos o tres disparos antes de que Pau pudiera salir a la calzada y acelerar. El coche también aumentó la velocidad para seguirles.

La persecución no duró mucho, pero a los dos jóvenes se les hizo eterna. Las calles estaban desiertas a esa hora de la madrugada y después de abandonar los pequeños callejones de detrás del castillo de San Fernando donde vivían Carolina e Icár, la moto cogió velocidad para llegar a la Gran Vía. Desde las ventanillas bajadas del cristal del Mercedes oscuro continuaban saliendo disparos esporádicos que ocupaban la mente de Pau, mientras conducía concentrado en no parar bajo ningún concepto y hacer constantes movimientos bruscos para esquivar las balas. Temía sobre todo por Icár, sentada a su espalda. Se había dado cuenta de que esta vez no se había agarrado a las asas del asiento trasero, sino que rodeaba la cintura de Pau con sus brazos. Pero este la sentía rígida, como una estatua, sin los cambios normales de una persona que a ratos necesita aferrarse más fuerte o más flojo, o acomodarse por los continuos movimientos bruscos del vehículo. Había llevado a muchas mujeres de paquete y todas, en las frenadas o en los acelerones, le apretaban con más fuerza. Icár estaba como ausente. Como si la hubieran atado a él con cuerdas y ella estuviera inconsciente. Luchó contra las ganas de comprobar cómo estaba, por miedo a perder concentración en su principal objetivo por el momento: seguir con vida y continuar esquivando el tiroteo intermitente.

Llegaron hasta la clínica Vistahermosa. Pau quería alcanzar cuanto antes la comisaría, detrás de la plaza de los Luceros, y acabar con aquella pesadilla. Por fin, haciendo una pirula, aprovechando el vacío de tráfico, consiguió despistarles. Se escondieron tras un camión de basura hasta ver pasar el sedán a toda velocidad y, cuando Pau comprendió que les había dado esquinazo, volvieron a la carretera y de ahí al centro de la ciudad.

Parados en un semáforo, Pau se volvió hacia Icár:

—Ya se han ido y estamos al lado de la comisaría. ¿Estás bien?

—Necesito bajar. —Y apoyándose en los hombros del policía desmontó.

—¿Adónde vas? —preguntó Pau pensando si se había vuelto loca y dispuesto a seguirla. Pero, en cuanto subió a la acera, Icár se agarró al primer árbol que encontró y empezó a vomitar. Se encontraba tan fatal anímica como físicamente. El olor a sangre que había percibido en un

primer momento, cuando vio a Carolina, y que se había intensificado con la muerte de los dos agentes y del hombre chino, se había instalado en su nariz y no se iba provocándole agudas náuseas. Los recuerdos de los disparos, de las heridas producidas por las balas, de los cuerpos en el suelo, de la sangre —¡tal cantidad de sangre!— se barajaban constantemente ante su mente, como las cartas en manos de un experto crupier. Apenas había cenado algo en casa de María Jesús y Joaquín, así que la vomitona la dejó exhausta. Las piernas le temblaban y, olvidando por completo a Pau, incapaz de pensar en nada, se sentó en el suelo de la calle y apoyó la espalda contra la fachada de la floristería. Estaba tan anulada como persona, tan extrapolada de su realidad diaria, que no sentía nada más que su propio cuerpo exhausto, temeroso, dolorido. Ni siquiera se dio cuenta de que Pau estaba hablando, hasta que este le cogió la cara entre sus manos, le acarició el pelo peinándose hacia atrás, y le obligó a enfocar la mirada y fijarse en él.

Pau creía comprender cómo se sentía Icár. Él mismo, cuando llegó al piso y se encontró con aquel hombre chino matando sin piedad, se había visto sobrecogido por el miedo. Sin embargo, el instinto y la fuerza de la costumbre, así como su entrenamiento y profesionalidad, le habían hecho salvar la vida de Icár sin dudarlo. ¡Qué vuelco le dio el corazón cuando la vio! En el rostro de ella estaba reflejada una aceptación total a la muerte, sumisamente. Sin embargo, cuando el cuerpo del asesino cayó al suelo e Icár le vio a él, su carita se transformó por completo: alivio, alegría, incompreensión, reconocimiento... Fue la mejor recompensa que nunca había tenido ante su trabajo. Por un momento se sintió como un héroe. Su héroe.

Ahora que la veía reaccionar de ese modo, Pau no podía más que apiadarse profundamente. Más de diez años en el Cuerpo habían hecho callo en su piel. Al principio le impresionaron algunos casos especialmente sádicos y sangrientos que tuvo que investigar. Pero luego, dejó de afectarle nada de lo que veía. Sin embargo, el hecho de que él ya se hubiera inmunizado ante el dolor y el desastre, no le hacía menos humano. Comprendía que para Icár hoy el mundo fuera diferente al resto de los días, e incluso que no supiera cómo reaccionar.

—Todo está bien. Se acabó —le decía suavemente, como si fuera una niña pequeña—. Se acabó. Te has portado como una campeona. Has sido muy valiente.

Icár llevaba una camiseta de manga larga de punto con botones en forma de perlas. El primer botón estaba desabotonado y, aunque no dejaba ver un mínimo de escote, sin saber por qué, quizá porque quería hacer algo por ella, Pau se lo abrochó. Experimentó una ternura inmensa por aquella mujer pequeña y valiente que le miraba con respeto desde sus enormes ojos verdes. Unos ojos que, aun en esos momentos, tenían una belleza espectacular. La encontró preciosa toda ella aun en su malestar.

—Nos tenemos que ir —le dijo Pau cuando vio que ella volvía a la realidad. No quería exponerse a que los matones volviesen. Estaban tan solo a un par de manzanas de la comisaría.

—Claro, perdona —dijo Icár incorporándose—. ¿Podemos seguir andando? No quiero volver a montar en la moto.

—Por supuesto —dijo Pau recordando que le daban miedo y un poco dolido, pues gracias a la moto habían salvado la vida—. ¿Has pasado mucho miedo?

—Más que en toda mi vida. Por cierto, muchas gracias por todo. Me has salvado la vida. —El temblor de Icár al andar, su cabeza gacha mientras se miraba los zapatos, contradecía la apariencia de normalidad de sus palabras.

En un gesto de apoyo, Pau cogió su pequeña mano y la escondió en la suya mucho más grande, esperando confortarla de alguna manera, darle un ápice de calor. En pocos pasos, dándose cuenta de que la mano no era suficiente, cambió de postura.

Entraron en la comisaría muy juntos, tal y como habían ido andando por la calle: Pau sujetando a Icár por la cintura, apretándola junto a él y amoldando sus grandes pasos a los suyos más pequeños.

Capítulo 5

—Mi enhorabuena, Salas, ha actuado usted con extremada rapidez y ha salvado la vida a esa chica que, sin duda, será una testigo excepcional para la Fiscalía. Buen trabajo. —El comisario, en su despacho, estaba felicitando a Pau a primerísima hora de la mañana.

Después de haber entrado por la puerta de su lugar de trabajo, Pau e Icíar habían sido separados por los pocos agentes que había de guardia y se habían sometido una y otra vez a la tediosa tarea de contarlo todo, prestar declaración y ser más o menos cariñosamente atendidos. El comisario, que había manifestado su orgullo hacia el inspector de mayor proyección en la brigada y al que consideraba el mejor que tenía, parecía una gallina alardeando de su polluelo. Solo enturbió su alegría unos momentos para gritar hasta quedarse afónico por la falta de responsabilidad de otro agente que, habiéndose enterado de que existía una posible testigo, se limitó a pasar el aviso de manera rutinaria en lugar de preocuparse debidamente del asunto informando inmediatamente a los titulares del caso.

Sin embargo, una vez que las aguas se habían calmado en aquella pequeña colmena de hombres y mujeres al servicio de la ley, Pau se tomaba su cuarto café de la noche (ya amanecer) mientras soportaba, más o menos agradecido, los halagos de su superior.

—¿Dónde está Icíar? —Paco entró como un vendaval en el despacho, cosa rara en él, pues siempre mostraba un gran respeto al comisario hasta en los mínimos detalles y Pau no recordaba una sola vez en la que no entrara sin llamar antes educadamente con los nudillos en la puerta.

—En la sala de declaraciones, tomándose un té o una manzanilla. Charo se está ocupando de ella —le contestó mientras trataba, sin éxito, de acallar la voz interior que le exigía decir a Paco que Icíar no era de su incumbencia, que ya no era asunto suyo, que él ya se había preocupado por cuidarla y mantenerla a salvo, y lo volvería a hacer cuantas veces hicieran falta.

—Tengo entendido que es amiga suya, ¿no, Lloréns? —En su alegría, el comisario no notó nada raro en los dos íntimos amigos.

—Estudió la carrera con mi hermana en Madrid y los dos la conocemos desde entonces. Hace unos meses que ha venido a vivir a Alicante y hemos renovado el trato, señor.

—Bien. La Fiscalía se pasará hoy para hablar con ella. Es asombroso los detalles que recuerda esa muchacha: matrícula, apariencia física de los dos

sospechosos, rasgos peculiares... ¡es increíble en lo que pueden llegar a fijarse algunos testigos! Y, por las descripciones que ha dado de los dos hombres, estamos completamente seguros de que uno de los asesinos del restaurante es el hijo de Chan Li. De ahí que tengan tanto interés en quitarla de en medio. —En ese momento abrió una carpeta de cartulina de la que extrajo unos folios con una fotografía y que tendió a sus subalternos para que le echaran un vistazo. Se trataba de los informes sobre Chan Li, cabeza visible de la mafia china en la Costa Blanca. Tanto Pau como Paco, aunque no llevaban mucho en la brigada de crimen organizado, sabían lo suficiente sobre el responsable de la mayor red de delincuencia en la provincia como para escandalizarse con lo que leyeron. Residente en Torrevieja, Li gobernaba un pequeño reinado de subordinados esparcidos por todo el levante que, lo quisieran o no, debían pagarle por el favor de establecerse en la zona.

—Lógicamente —siguió el comisario—, Chan Li no está dispuesto a que metan a su único hijo en la cárcel. —Durante unos instantes, el superior permaneció indeciso mirando el bolígrafo con el que jugaba en sus regordetas manos—. He de decirles algo más. Supongo que si usted, Salas, no hubiera estado ocupado tratando de salvar la vida a esa chica, lo hubiera pensado ya. —Hizo una dramática pausa antes de seguir—. Hay un chivato. —Esperó unos segundos mirando los rostros de sus interlocutores y asegurándose de que entendían y asumían lo que les estaba diciendo—. Asuntos Internos está investigando cómo han podido enterarse los chinos de la existencia de la señorita Albatrecu, por si ha habido alguna filtración de alguien de esta comisaría. A mí, desgraciadamente, no me cabe la menor duda. —Se encogió de hombros, como el hombre que no tiene más remedio que aceptar que el mundo no es perfecto—. El juez Balsón ha emitido la orden de arresto contra el hijo de Chan Li y su compañero, que también ha sido identificado. Por ser quién es el principal sospechoso, estoy plenamente convencido de que la mafia china no parará hasta acabar con la joven. No pueden, bajo ningún concepto, permitirse que la testigo llegue a un tribunal y nosotros no podemos, es inconcebible, perder a la joven. Así que Fiscalía nos ha encomendado su custodia. He pensado en alojarla, con dos agentes, en el hotel Campanile, el que está en la carretera de Elche, y que nadie más que los agentes a los que elijamos para los turnos sepan dónde está. Hasta la semana que viene que se abrirá el sumario del juicio y le tomarán las primeras declaraciones, su destino será información clasificada. Después de eso, ya veremos.

—Señor, me gustaría encargarme personalmente de la custodia de Iciar —se ofreció Paco.

Pau, demasiado molesto para su propio gusto, se limitó a mirarse las puntas de sus zapatos como si hubiera algo interesantísimo en ellos.

—No veo inconveniente —dijo el comisario—. Elija a los hombres que le parezca para ello. Yo tengo irremediabilmente que salir para Madrid hoy por un asunto en el Ministerio de Interior. Quiero estar constantemente informado. Confío en ustedes.

Paco entró en la sala de declaraciones donde una cansada Iciar cogía fuertemente una caliente taza de manzanilla, esperando así apaciguar el mal estado de su estómago y transmitir a través de las manos algo de calor a su entumecido cuerpo. En cuanto vio que el policía entraba por la puerta, se levantó movida por un resorte, agradecida por ver un rostro conocido y conmovida por la preocupación y el cariño que apreció en su rostro. Sin dudar un instante, el amigo de toda la vida la abrazó. Sus manos recorrieron su espalda de arriba abajo, intentando traspasarle algo de su fuerza y su vigor.

—Ya está, chica valiente, ya estoy aquí —le dijo el policía mientras frenaba sus ganas de comérsela a besos y de gritar de júbilo porque estaba viva. Interiormente dio de nuevo gracias a Dios por haber puesto a Pau, el mejor policía con insuperables instintos, en su camino. No hubiera confiado en otro como en él para cuidar de la única mujer a la que siempre había amado.

Ignoraba Paco que Pau, al otro lado del cristal, les observaba sabiendo que no podían verle. El inspector no pudo más que sentir asco de sí mismo al darse cuenta de las ganas que tenía en aquel momento de aplastar a su mejor amigo, como si de un insecto se tratara. Se asombró de la fiereza con la que sintió deseos de ser él quien recorriese la pequeña espalda de Iciar, tener él, exclusivamente él, el derecho de consolarla y de amarla entre sus brazos. Y todas esas nuevas sensaciones que nunca antes había tenido: los celos, la desmesurada pasión, la salvaje posesividad... se mezclaron con una enorme ternura, que nunca antes se había creído capaz de sentir, por la pequeña muchacha temblorosa que sollozaba en brazos de su amigo.

¿Qué le había hecho esa mujer?

Obligándose a marchar de allí y tomarse un buen descanso, a pesar de que sabía que sería imposible para él volver a dormir con normalidad, Pau abandonó la sala de escuchas maldiciéndose a sí mismo. Tenía que encontrar una mujer con la que olvidar a Iciar lo antes posible. Y mientras aquello no fuera posible, debía, por su bien, por el de Paco y por la vieja amistad que se tenían, abstenerse de verla. Que Paco se encargara de los detalles para salvaguardarla. Él encontraría al hijo de Chan Li y se preocuparía de meterlo entre rejas. A él y a todos los de su calaña.

Capítulo 6

En la cafetería del Campanile, con vistas al mar, que se encontraba solo unos metros más allá de la carretera por donde transcurría un fluido tráfico, Icíar recibió la visita de un fiscal del Estado emocionado de poder llevar a juicio al hijo de uno de los mafiosos más peligrosos y perseguidos de la provincia. Asentado en Torrevieja desde hacía sesenta años, cuando llegó a España con solo catorce, Chan Li había ayudado a innumerables compatriotas a emigrar por toda Europa y, en España al menos, se cobraba con creces el favor. Se había hecho inmensamente rico a base de recibir un diezmo o cuota por lo que él consideraba un agradecimiento por parte de sus protegidos. Era tan temible que pocos eran los que se negaban a aceptar su «protección» o a seguir pagando una vez que consideraban que ya habían devuelto con creces cualquiera que fuera el favor que recibieron o el asunto que el mafioso les resolvió en su momento.

Si algún recién llegado desde el país oriental se instalaba sin su consentimiento, rápidamente debía aceptar que su negocio jamás prosperaría sin la colaboración de Chan Li. Por muy buena voluntad que tuvieran los recién llegados de no infringir la ley, los hombres de Chan Li causaban destrozos en sus locales y posesiones, amenazaban a sus familias, les ahuyentaban la clientela y les robaban cuando conseguían facturar algo hasta que, sin más remedio, se comprometían a pagar el diezmo correspondiente para poder seguir adelante en paz.

Sin embargo, Chan Li pocas veces se conformaba con eso. Implicado en venta de armas, drogas y robos a gran escala, antes o después terminaba pidiendo algún favor ilegal a su larga lista de «protegidos». Si algún miembro se negaba a ayudarlo, no tardaba en aparecer muerto, para que sirviera de ejemplo a los demás. Seguramente, este debía de ser el caso de los dueños del restaurante chino, a los que, muy probablemente, los hombres de Chan Li no se habían molestado siquiera en avisar antes de acabar con sus vidas. Una demora en la contestación, una educada negativa, y pasabas a formar parte de la lista negra: al día siguiente eras un fiambre.

Lo extraño del asunto es que el propio hijo del mafioso hubiera ido en persona a realizar la tarea. Pero la cicatriz del rostro, incluso el colgante y la matrícula del coche, coincidían con los datos que se tenían de Feng Li, el heredero del imperio. Había sido un regalo del cielo que una testigo lo viera entrar en el lugar del crimen a la hora en que se cometió el asesinato. Un

buen fiscal no necesitaba mucho más para encarcelarlo. Y, aunque cualquiera de la Fiscalía preferiría encerrar al padre y, de paso, dar un duro golpe a la organización criminal, el hijo era un trofeo suficientemente goloso con el que golpear al odiado mandamás.

Para asegurarse del todo, el fiscal había venido cargado con un montón de fotografías. Llevado por el entusiasmo, el abogado no hacía más que pasar a Icár nuevas caras, de orientales parecidísimos a Feng para confirmar que se había fijado adecuadamente y que no dudaba en su identificación. Una vez que asumió, encantado y visiblemente satisfecho, que la testigo era fiable, le presentó unos cien rostros más, esta vez similares al otro sospechoso.

Con una cara cada vez más mala, después de la larga noche sin dormir, de los sobresaltos, del ligero estado de shock en el que se encontraba, Icár intentaba recordar más detalles de aquella mañana de Santa Faz que le gustaría olvidar para siempre. Estaba decidida a ayudar, pero desconocía qué más esperaban de ella. Tan solo había visto a una pareja de hombres durante menos de un minuto. Por suerte, se le habían quedado grabados unos datos de interés, como la matrícula, pero era imposible dar más de lo que ya había dado. Por un instante, fantaseó con la posibilidad de que todo fuera un sueño y hasta llegó a esbozar una sonrisa recreándose en la idea de despertar en cualquier momento y que ese maldito fiscal parlanchín desapareciera de su vista.

Paco, solícito, le había pedido un desayuno completo, del que apenas había podido comer nada, y se deshacía en cumplimientos, aumentando inexplicablemente su sensación de malestar. El policía descansaba suavemente una mano en su hombro y le aseguraba que lo estaba haciendo muy bien y que se había portado como una heroína, empeorando su estado de ánimo. A pesar de sentirse fatal por ello, Icár deseó que también él desapareciera y la dejaran tranquila. No creía que pudiera dormir, pero Icár nunca antes había deseado con tal ímpetu abandonarse al bendito olvido del sueño.

Cuando el fiscal se marchó, y constantemente escoltada, fue con Paco a su apartamento a hacerse una maleta, le impresionó volver a entrar en la casa. No había ya ningún cuerpo de los fallecidos, pero sí manchas de sangre y las marcas pintadas de la postura y el modo en que habían quedado los cadáveres. Icár se asombró al verlo, pues pensó que las pinturas eran propias solo de las películas, no de la vida real.

Lo más rápido que pudo preparó una maleta con cosas que no iba a necesitar y aprovechó para darse una ducha. Salió del cuarto de baño vestida con ropa cómoda: una camisa blanca y unos vaqueros.

—¿Nos vamos? —le preguntó Paco, hipnotizado por su fresco olor a agua de lavanda y su belleza.

Icár solo asintió. Estaba deseando salir de allí y, si podía evitarlo, no quería volver nunca.

En cuanto regresaron al Campanile, el encierro oficial de la testigo comenzó. Trató de concienciarse de que desde ese momento hasta finales de la semana no podría salir de allí. Asombrosamente, no le importaba. En realidad, se sentía tan entumecida que no creía ser capaz de perturbarse ni

aunque todo el hotel estallase por los aires ante sus narices.

—Tendrás que echarte a dormir —le aconsejó Paco en cuanto entraron en la suite.

—No creo que pueda. —Aunque deseaba el sueño para olvidar, no le veía el sentido a acostarse cuando todavía era de día.

—Aun así —insistió él implacablemente—. Te bajo las persianas y te tumbas en la cama.

—No quiero quedarme sola. —Las palabras se le escaparon involuntariamente, pues a pesar de la situación en la que se encontraba, no olvidaba que no pretendía darle una impresión equivocada al policía.

—Pensaba quedarme aquí sentado, leyendo el periódico, no te preocupes —contestó Paco con una aparente indiferencia que estaba lejos de sentir. En ningún momento se le había pasado por la cabeza dejar a Icíar sola ni dos segundos.

—No, de verdad... —Pero, aceptando que no había otro modo, finalmente sucumbió y en el sofá de la salita, con una revista en el regazo, se quedó dormida.

En un primer momento, Paco se limitó a mirarla. ¡Era tan hermosa! La ira le embargó al pensar en toda la violencia y la suciedad por la que ella había pasado. En cuanto fue consciente de la extraña e incómoda postura en que se le torcía el cuello a la durmiente, la ayudó a tumbarse, con cuidado de no despertarla, y la tapó con una colcha como si de una niña se tratara. Sentía que el corazón se desbordaba de amor por ella. Odió cada instante de peligro que ella había pasado y se juró que no permitiría que Icíar volviera a padecer por nada parecido. Nadie le haría daño otra vez. Él no lo permitiría.

Capítulo 7

La segunda tarde de encierro, del que Icár no tenía verdadera noción y que había pasado entre duermevela y pesadillas, se presentaron en el Campanile dos compañeros de Paco de la comisaría. Se trataba de los subinspectores Ramírez y Santos. Paco había jugado al póquer alguna vez en sus casas en las partidas que organizaban con otros compañeros. Nunca había congeniado excesivamente con ellos, pero no le caían mal. Sin embargo, dadas las órdenes de secretismo que había instaurado el comisario, no dejó de extrañarle que aparecieran por allí. Como ambos oficiales ignoraban la habitación en la que estaba Icár destinada y al personal del hotel tampoco se le había dado la información, simplemente Fiscalía había reservado una veintena de suites sin confirmar cuál de ellas estaba usando, se pusieron en contacto con Paco a través del móvil, anunciándole que estaban abajo.

—¿Está dormida? —le preguntó Ramírez cuando Paco contestó y, antes de que este pudiera asentir, le pidió con falsa camaradería—: Pues baja a tomarte una cerveza.

Paco se molestó. ¿Cómo habían sabido dónde encontrarle? Comprendió que la única manera de averiguarlo era bajando a verles y tomarse esa cerveza con ellos. El instinto, desarrollado a lo largo de una década de trabajo policial impecable, le recomendó extremar la prudencia y, aprovechando la salida de incendios de estilo americana que tenía el hotel en cada una de sus plantas, entró al restaurante sin que nadie pudiera deducir de dónde venía.

—¿Cómo habéis sabido dónde estábamos? —preguntó una vez en el bar aparentando casualidad. Sabía que, contando con él, solo cuatro personas lo sabían.

—Hay maneras, Paco, Alicante es un sitio muy pequeño. —Los ojos del subinspector eran penetrantes mientras le escrutaba con avidez.

—¿Y para qué queréis saberlo?

Los dos agentes se miraron. Una silenciosa aprobación cruzó entre sus rostros sin que se molestaran en contestar a su pregunta.

—¿Sabes que Chan Li es uno de los alicantinos que más ha invertido en la provincia en sanidad, educación y centros de ocio? —preguntó Santos después de tragarse la cerveza de un solo golpe.

—No, no lo sabía. —Y le importaba bien poco el método que empleaba

aquel delincuente para blanquear su nombre y su dinero—. Así que, con su dinero, ¿contribuye al bienestar general? —Paco ironizó, pues empezaba a olerse la tostada.

—Hombre, ayuda a levantar el país —añadió Ramírez fingiéndose gracioso.

—Sí. Obliga a la gente, pobres inmigrantes agradecidos, a pagarle casi todo el dinero que ganan con sus negocios, metiéndoles el miedo en el cuerpo en un país en el que deberían ser libres, y luego se compra la respetabilidad que no tiene introduciéndose a los gobiernos en el bolsillo con dinero que no ha ganado, sino que ha obtenido robando, traficando y extorsionando. —Esperaba con aquella diatriba callar a aquellos dos, porque sentía que era capaz de ponerse a dar puñetazos sin parar.

—Bueno, tampoco te pongas así, solo hemos venido a tomarnos unas copillas contigo, a hacerte compañía para que las guardias no se te hagan tan pesadas. —Tras la cerveza, Santos se metió un pincho de tortilla en la boca, masticando con la boca abierta.

—Eso —dijo el otro policía—, solo estamos hablando. Por otro lado, es de buenos compañeros hacerte comprender lo que hay. —Al subinspector no se le escapaba que estaban apretando fuerte—. Chan Li no estará dispuesto a dejar que su único hijo termine en la cárcel.

—Eso ya lo dejó muy claro con la muerte de una inocente y de dos compañeros nuestros —les recordó Paco con la voz tan afilada como un cuchillo.

—Yo creo que han sido errores de cálculo. —Y Ramírez consiguió implicar a su voz algo de pena—. En realidad, iban a matar a la testigo, pero se equivocaron confundiéndola con su compañera de piso. Eso ha deducido Salas de la investigación, ¿no? Cuando los hombres de Li volvieron para solucionarlo, se dio la casualidad de que estaban allí dos de la patrulla. Ha sido mala pata. —Y se encogió de hombros, tratando de demostrar con el gesto que no había nada que se pudiera hacer ya por remediarlo.

—¡Mala pata! ¿Eh? Díselo a sus viudas —dijo Paco, que ya estaba harto—. Me vais a disculpar, pero no puedo beber porque estoy de servicio.

Y se marchó echando humo por las orejas a causa de la rabia que le daba pensar en aquellos dos compañeros en los que en otras misiones había confiado y que, a todas vistas, se habían vendido.

Cuando subió a la habitación, todavía dándole vueltas a la conversación con sus dos amigos y de pésimo humor, Iciar seguía durmiendo. A Paco no le gustaba nada, primero, que los dos oficiales supieran dónde se encontraban; segundo, las amenazas veladas que habían dejado entrever de que a él no le harían nada con tal de que dejara el camino despejado. ¿Estaba sacando las cosas de quicio?, se preguntó mientras se mesó nervioso el cabello. ¿Eran aquellos simples comentarios inofensivos? No lo creía. Cualquier policía se salía de sus casillas ante una mínima agresión a otro compañero. El estado de ánimo general en la comisaría tras el asesinato de los dos patrulleros destilaba ansias de venganza por todos lados. No. Ramírez y Santos no hablaban como dos policías íntegros.

Con esos malos pronósticos en mente, a Paco la tarde se le hizo corta

mientras barajaba las posibilidades con las que podía contar. Tenía que estar preparado.

Un poco antes de la hora de la cena, los dos subinspectores le volvieron a llamar al móvil.

—Vamos a cenar contigo y así charlamos más tranquilamente.

Paco miró a Iciar, que trabajaba en su ordenador portátil. No quería preocuparla, pero no estaba dispuesto a dejarla allí sola.

—Voy a pedirte algo de cenar. No has comido nada en toda la tarde —le mintió y salió de la habitación sin esperar a que Iciar se opusiera. Lo que en realidad quería era llamar a Pau sin asustar a la chica.

Pero su amigo no contestó al teléfono ni en su despacho del trabajo ni en casa, y el móvil no daba señal. Cuando le saltó el contestador, Paco le dejó un mensaje instándole a que le llamara enseguida. Ahora, la prisa por poner en marcha los planes que había concebido durante la tarde, le urgía a obrar con rapidez. Se reprochó no haber llamado a Pau en cuanto había sospechado que podría haber complicaciones. Si las cosas se aceleraban tendría que prescindir del mejor para lo que se les echaba encima. Y el comisario estaba ausente.

Volvió a entrar en la habitación. La noche estaba cayendo sobre la ciudad e Iciar había subido las persianas y encendido las luces del dormitorio.

—Vuelve a bajar las persianas —le dijo Paco ásperamente.

—Sí, claro. —Aunque notó su rudeza, Iciar bajó las persianas obedientemente y esperó a que Paco le aclarase qué le pasaba.

—Siéntate, Iciar, tenemos que hablar.

—¿Ocurre algo? —Pocas veces, quizá ninguna, había visto la filóloga a Paco tan sombrío.

—No estoy seguro. El comisario está en Madrid y ha dejado un sustituto, supongo que será Ferrándiz, un buen tío, pero no es un hombre de acción. Por un motivo que desconozco, dos agentes saben que estamos aquí, cuando no tendrían que saberlo. Igual Ferrándiz se ha ido de la lengua como cosa natural, no lo sé, pero no me fío. Chan Li está muy bien conectado y puede llegar incluso a tocar a la mismísima policía. No sería la primera vez. Por eso ha sido siempre tan difícil de coger.

—¿Nos vamos a otra parte?

El silencio se hizo denso mientras los ojos de la joven miraban a Paco intranquilos pero confiados.

—Te vas tú.

—¿Yo? ¿Sola? —Ella trató de que el pavor no la sobrecogiera.

—Ahora mismo no me fío de nadie y tengo que comprobar un par de cosas. Estos dos policías que te digo vienen a cenar conmigo con la tonta excusa de hacerme más grata la guardia. Quiero que vayas a casa de Pau.

—¿En taxi? —preguntó mientras asentía, consintiendo.

—No, andando. No quiero que dejes pistas ni que nadie te vea. Más tarde pueden hacer averiguaciones si vas en taxi. Saldrás por la puerta de servicio del hotel. ¿Conoces la playa de Urbanova? —Y al contestar ella afirmativamente, siguió—: Pues antes de llegar, al poco de salir de esta carretera, hay un chalet. No tiene pérdida porque es el único construido que

hay a pie de mar. Tiene una puerta de hierro. Si está cerrada se puede abrir metiendo la mano entre los barrotes y accediendo al picaporte. Si Pau no está, le esperas escondida en el jardín todo el tiempo que haga falta. Como yo voy a estar llamándole desde aquí, no creo que tarde mucho en ir a buscarte. Y no hablarás con nadie más que con él. Con nadie, Icía —le insistió—. Si viene acompañado, será porque no he podido dar con él, así que esperarás hasta que la compañía se vaya, aunque tarde toda la noche, para poder hablar con él a solas.

—¿Y qué le digo? —preguntó Icía cada vez más asustada.

—Que te he mandado yo para allá. Con eso bastará. ¿Está todo claro?

—Sí.

—Pues coge tu bolso. Intenta evitar la carretera. En los tramos que te lo permita el terreno, ve por el interior, de manera que te orientes por las luces de los coches, pero no te dejes iluminar por ellas.

—¿Crees que me seguirán? —le preguntó, ya que hasta ahora no se le había ocurrido esa posibilidad.

—No, pero es una carretera muy transitada y toda precaución es poca.

—¿Por qué no nos vamos los dos?

Si Paco no supiera que aquella petición estaba hecha desde la más lógica desesperación y si las circunstancias fueran otras, habría enloquecido de alegría al comprobar que ella era consciente de que le necesitaba.

—Porque vienen a cenar conmigo y piensan que mientras yo esté aquí con ellos, tú estarás en la habitación. Nunca supondrán que te he hecho salir sola. Siento que tengas que irte así, pero no me fío de nadie. —Y mirando su reloj de pulsera se puso en pie—. Vamos, bajemos por la escalera de atrás.

Salió a despedir a Icía y, una vez abajo, le recordó:

—Ten cuidado y buena suerte. Os llamaré en cuanto pueda.

—Gracias por todo —le dijo Icía y, sin saber por qué, quizá porque intuyó que era lo que él esperaba, le dio un beso en los labios. No fue un beso largo, pero Icía trató de volcar todo su agradecimiento y su confianza en él.

Paco permaneció en la puerta viéndola marchar: el paso rápido, la coleta golpeándole graciosamente en la espalda. La intensidad de los últimos momentos no le había dejado ciego. Ese beso había sido muy claro: ella no le amaba. Había visto su titubeo antes de besarle y la mirada de agradecimiento, no de pasión, de sus preciosos ojos verdes. Pero no, ella no le amaba. Era más que evidente y aquel era tan buen momento como cualquier otro para aceptarlo de una vez.

¿Y qué más da?, se dijo a sí mismo. Él no podía dejar de quererla. Estaba enamorado de ella desde que la conoció. Todavía recordaba el instante en que todo su mundo cambió y experimentó el amor a primera vista.

Había quedado con Aitana en recogerla un viernes a mediodía para venir a Alicante a pasar el sábado y domingo con sus padres. Paco estaba feliz porque había sido la primera vez que le dejaban llevarse el coche a Madrid, que era el sueño de todo universitario de provincias. Su hermana había invitado a una compañera de clase de Bilbao para venirse con ellos. Cuando Paco llegó, le estaban ya esperando en la entrada de su colegio mayor, con

sus maletas de fin de semana. Las dos se pasaron todo el viaje hablando de chicos, sobre todo Aitana, porque Iciar parecía un poco cohibida y solo afirmaba, negaba o hacía alguna pregunta. Su hermana le habló de sus amistades de Alicante, ya que tenían un par de fiestas organizadas, a una de las cuales estaba también invitado Paco. Este se había quedado cegado por los ojos verdes de la invitada, unos ojos que él había estado mirando todo el viaje cada vez que echaba un vistazo al espejo retrovisor, ya que la joven vasca había ido sentada atrás. Recordó, con una punzada de nostalgia, que no se habían pegado una torta en carretera de milagro, pero sin duda había sido la vez que más habían tardado en hacer el trayecto por la autovía valenciana.

La fiesta era en casa de una de las familias más pudientes de Alicante, en una finca con un enorme caserón antiguo yendo hacia Villafranqueza. Por una vez, Paco se alegró de que Pau no fuera. Era la primera ocasión en que una chica llamaba tanto su atención y sabía que, si su íntimo amigo la conocía, como siempre, le eclipsaría.

Y allí la vio. Vestida de seda salvaje en verde, con un recogido que acentuaba sus delicadas facciones. Estaba guapísima y el color le sentaba a las mil maravillas. Iciar tenía entonces dieciocho años y Paco veintiuno. Se pasaron toda la velada juntos hablando de tonterías y riéndose por nada.

A partir de ese fin de semana comenzaron a verse también en Madrid. Siempre con más gente. Aitana y sus amigas, Paco y los suyos. ¿Por qué nunca se había declarado? Sabía por su hermana que, a Iciar, él también le gustaba. Cuánto había deseado tener la labia de Pau y ser tan lanzado como él con las mujeres. Ahora, con veintisiete años ella y treinta él, era evidente que para la filóloga las cosas habían cambiado. Estaba claro que no había podido recuperar ese viejo amor, se maldijo Paco.

Se encogió de hombros. Un coche de policía le sacó de sus pensamientos. Ahí llegaban sus compañeros. Gracias a Dios ya no había rastro de Iciar por la carretera.

Antes de que pudieran verle allí abajo, subió a la habitación y, cuando le llamaron para que bajara, fingió que la testigo seguía arriba.

Capítulo 8

Nunca olvidaría Iciar la caminata hasta la casa de Pau de aquella noche. Sobre su camisa blanca se había puesto un jersey azul marino para evitar el frescor de la noche. Llevaba un bolso de mochila a la espalda y estaba tan nerviosa que temblaba a cada paso. Empezó muy decidida a caminar, tal y como le había recomendado Paco, lo más alejada posible de la carretera y de los haces de luces que ya empezaban a encenderse.

Alrededor de un kilómetro después, se acabó la acera o cualquier tipo de vía peatonal, tanto a un lado como a otro de la carretera. Sin dudarlo, mantuvo el paso firme y constante. El corazón le latía desbocado. Se negaba a mirar cada dos por tres hacia atrás, a la espera de encontrar a alguien persiguiéndola, a pesar de que era lo que le suplicaba su instinto.

Al cabo de más de media hora, el andar evitando la carretera empezó a pasarle factura: el terreno era desigual y, a falta de una luz directa, cada vez veía menos dónde pisaba. Al término del barrio de San Gabriel, atemorizada de que pudieran pillarla, pasó al otro lado de la carretera, más cercano al mar, aun a riesgo de que le vieran cruzar los hombres de Chan Li o los policías comprados. Con ese movimiento evitó a una pandilla de gitanos en la que dos hombres se estaban pegando y los demás coreaban y gritaban. Sintióse como una idiota, soportó dos caídas seguidas. En la primera, se hizo polvo la rodilla y, en la segunda, la mano fue a apoyarse justo encima de lo que le pareció en la semioscuridad un trozo del cristal de una botella, que le hizo un corte, y comenzó a sangrar. Sin apenas sentir el dolor infligido, se restregó la sucia muñeca en el pantalón, deseando con vehemencia llegar ya a la casa de Pau.

A medida que avanzaba, la distancia que tenía que recorrer se le antojaba más y más larga. El agotamiento de los días pasados, en los que había estado maldurmiendo a ratos, volvió a aparecer y, compadeciéndose estúpidamente de sí misma, empezó a llorar. La autocompasión la invadió y deseó, como nunca antes en toda su vida, poder dar marcha atrás y no haber tomado la irreflexiva decisión de decir nada de lo que había visto a aquel policía. ¿Por qué tenía que haber dicho algo? ¿Quién le mandaba acordarse de los dos malditos chinos, de su Audi y de su dichosa matrícula? Lloró pensando en su compañera de piso, en Carolina, y lloró, sin saber por qué ahora, pensando en sus padres, fallecidos hacía siete y trece años respectivamente. Como no tenía pañuelo se limpiaba las lágrimas con el

dorso de las manos, sin darse cuenta de que estas estaban sucísimas, tanto por las caídas como por las veces que las había utilizado para escalar los montículos con los que se encontraba. Además, de la herida abierta le salía sangre a cada movimiento.

Un golpe de realismo le hizo darse cuenta de lo absurdo de su situación y pasó a reírse un tanto histérica, por lo que supuso que estaba más nerviosa de lo que pensaba. Temiendo caer presa de un ataque se indujo a mantener la calma y se recordó que estaba colaborando en hacer justicia, que estaba haciendo lo correcto y que debía seguir adelante precisamente por todas esas vidas que ya se habían quedado irremediabilmente atrás.

De algún modo, el llorar le hizo bien y por fin llegó, más calmada, a la bifurcación de la carretera que llevaba a la playa de Urbanova. Nuevamente por terreno desigual, anduvo vislumbrando lo que esperaba sería la casa de Pau.

Había luz, no cabía duda, así que deseó con todas sus fuerzas que estuviera allí, que no tuviera un encendido automático y que las lámparas de pared que sobresalían al otro lado del muro con el que se topó las hubiera activado él.

La verja de entrada estaba cerrada y, como Pau no contestó al telefonillo, accedió al picaporte metiendo la mano entre los barrotes, tal y como le había explicado Paco. No entendió Icár cómo precisamente un policía y en una casa tan solitaria vivía con tan descuidada seguridad. Pasó a un jardín cuyo riego eléctrico estaba puesto en marcha sobre el césped y numerosas palmeras y plantas se mostraban a la luz de pequeños focos anaranjados. A la joven aquello le pareció paradisíaco. Un camino de tierra compacta conducía a la entrada, iluminada con un farolillo. Icár llamó al timbre, pero o las persianas estaban bajadas o en el interior no había una sola luz encendida. Dio la vuelta a la casa y lo que se encontró la dejó sin habla: un porche de unos seis metros de ancho daba la vuelta a la construcción dando paso a un hermosísimo jardín y, a escasos diez metros de este, se encontraba el mar. Le maravilló lo bien cuidado que estaba todo, las hermosas buganvillas que recibían al visitante en todo su esplendor de color y olor. El mobiliario de la terraza, de teca y con cómodos cojines en tonos crudos, invitaba a sentarse y a contemplar la vista. El peculiar sonido de las olas golpeando suavemente, seducía al descanso y al disfrute. Todo ello quedó impreso en la mente de Icár como una postal de una revista de viajes.

Cansada de la caminata se sentó en una butaca, pesarosa por no haber encontrado a Pau, pero gratificada con el lugar. Casi al instante oyó el sonido de una moto que llegaba.

Acudió a la parte de delante y, acordándose de lo que le había dicho Paco de que nadie más debía saber que estaba allí, se agazapó detrás de unas flores y rezó para que Pau no llegara acompañado. Le admiró mientras entraba y cerraba la puerta de la verja con un disparo del mando a distancia. Era todo un ejemplar, alto, bien formado, seguro de sí mismo e

impresionantemente atractivo.

—¡Pau! —le gritó yendo hacia él en cuanto este apagó el motor de la moto.

Aun a la suave luz del farolillo de la entrada, el recién llegado pudo ver el rostro lleno de churretes, de suciedad y de sangre, la mirada asustada y las manos nerviosas de Icár. El corazón le dio un vuelco. A pesar de que llevaba todo el día pensando en ella, no sintió ninguna alegría por verla allí, con esa pinta de niña abandonada. ¡Qué diablos! Había renunciado a ella, sí, pero confiaba en que Paco la estaría cuidando. Antes de dejar salir su enfado, decidió preguntar.

—¿Qué haces tú aquí?

—Paco me ha dicho que viniera. ¿No ha hablado contigo todavía?

Pau se llevó las manos hacia el bolsillo de su chaqueta de la que extrajo un pequeño móvil.

—Lo he tenido apagado —dijo al tiempo que lo encendía y se lo ponía en la oreja para escuchar los mensajes—. ¿Te encuentras bien?

Tenía cuatro llamadas de Paco con mensajes apremiándole para que le llamara.

—¿Qué ha pasado? —preguntó a su visitante mientras abría con las llaves y la empujaba suavemente hacia el interior de la casa.

Haciendo esfuerzos por no llorar, Icár le contó lo poco que sabía, las dudas de Paco sobre algunos compañeros y su caminata hasta la casa.

—¿Has venido desde el Campanile andando? —preguntó Pau pensando que su amigo debía de tener serios motivos para mandar a la chica por la que estaba loco a andar más de cinco kilómetros y de noche.

Sin embargo, no consiguió dar con Paco ni siquiera llamando directamente al hotel. En la habitación no contestaba, en recepción decían que no estaba en las zonas comunes y el móvil estaba fuera de cobertura. Ignoraba con quién se iba a ver su amigo aquella noche, pero una cosa estaba clara: había juzgado que la vida de Icár corría peligro y quién sabe si quizá la suya propia también lo estaba corriendo.

La joven cortó el hilo de sus pensamientos:

—¿Puedo ir al baño a lavarme un poco? —le preguntó.

—Sí, ya he visto antes los churretes de sangre, ¿de qué es?

Icár le mostró la mano con la herida todavía abierta.

—Me caí sobre un vidrio.

Pau la miró.

—Ven, sacaré el botiquín de primeros auxilios.

Tras pasar por el lavabo y adecentarse algo, Icár se sentó en un sofá del amplio salón y aguardó a que llegara su anfitrión con el maletín de curas. Pau se sentó frente a ella, en la mesa de centro de madera. Sus piernas se rozaban.

—Puede que te duela un poco —dijo Pau, que primero estuvo tratando la herida calibrando si harían falta puntos o no.

Ella se puso nerviosa de que le cogiera la mano. Le pareció un gesto muy íntimo y, a pesar de las circunstancias, sintió un ligero cosquilleo que emanaba desde el lugar donde él la estaba tocando hasta el resto de su

cuerpo. Embobada, miró las manos de él mientras la curaban. Pau tenía unas manos grandes, limpias, bronceadas, y a Icía le dieron ganas de que esas manos tan seguras le rodearan el rostro, le dieran cobijo.

—¿Has cenado? —preguntó Pau intentando ser práctico y distraerse de la sensación que le producía tener tan cerca a Icía y sentir su pulso acelerarse mientras la tocaba.

—No, pero no te preocupes, no tengo hambre.

—Pues vas a cenar. Yo no cocino, pero por eso mismo en la nevera hay de todo. Estoy seguro de que con tanto follón no estás comiendo nada. —Le parecía una niña desvalida a la que proteger y, aunque se mantendría fiel a su promesa de no tocarla, se iba a dar el lujo de cuidarla y darle todo lo que necesitara. Le miró la mano muy serio. Tenía un corte limpio, pero profundo, y sabía por experiencia que las heridas en la palma eran muy molestas, porque al ser la piel tan tirante, con cualquier movimiento se resentían.

—Te va a picar —le avisó descuidadamente.

Icía vio cómo le echaba líquido de un bote que no identificó. Sí, aquello picó. Instantáneamente sintió un horrible escozor. En un acto reflejo quiso quitar la mano, pero Pau, imprevisiblemente rápido, se la sujetó con fuerza.

—Pica muchísimo —se quejó la joven haciendo una mueca y avergonzándose, a pesar del dolor, porque estaba a punto de llorar.

Pau la miró divertido y luego le sopló en la herida con la esperanza de ofrecerle algún alivio.

—Ya está. —Pero no le soltó la mano. Su dedo pulgar, como si tuviera vida independiente, le acariciaba la palma dolorida en lentos círculos, mientras sus ojos bucearon en los de ella. Y como si de repente se hubiera dado cuenta de lo embebidos que se habían quedado los dos, la soltó y se puso de pie en un solo movimiento—. No te ofendas —le dijo para volver a una conversación rutinaria—, pero deberías darte una ducha. Tienes una pinta...

—No me ofendo —mintió ella, pues, aunque sabía que estaba sucísima, le molestó que él se lo dijera—, nada me gustaría más.

—Cuando te la hayas dado te pongo un esparadrapo. Si me das la ropa, te la echo a lavar, pues tengo secadora, y en un par de horas estará lista. Mientras tanto puedo buscar algo para dejarte. —Y mientras se encaminaban juntos a la parte de los dormitorios, le aclaró—: Yo he de salir, Icía. Tengo que averiguar de algún modo qué está pasando y he de encontrar a Paco.

—Sí, claro. —Aunque en su tono se advertía la aceptación, en realidad, Icía sentía pavor a quedarse sola. Después de la caminata solitaria, no quería volver a estar nada más que con sus pensamientos y, aunque no quisiera admitirlo para sí misma, le daba terror la idea de que ni Pau ni Paco volvieran, que les sucediera algo.

—No hace falta que te diga que no cojas el teléfono, no abras la puerta y, si viene alguien, simules que aquí no hay nadie. Yo vendré lo antes posible. Si te encuentras cansada, no me esperes. —Sus zancadas se habían amoldado a los pasos más cortos de ella. Se adelantó una vez en el pasillo para abrir la puerta de uno de los dormitorios de invitados que poseía un

cuarto de baño completo incorporado—. En este armario tienes la ropa de cama, toallas y hay vestuario suficiente de cosas que se va dejando la gente. Igual encuentras algo de mi hermana que te sirva —finalizó Pau abriendo las puertas de un empotrado.

—Gracias por todo, de verdad.

Pau le acarició el rostro y le echó para atrás un mechón de pelo que le caía cubriéndole un ojo. Estaba preocupado, pero no quería aparentarlo, sobre todo sin base a nada, y menos demostrárselo a Icár.

—Con lo que soléis tardar las mujeres en arreglaros, seguro que Paco y yo estamos de vuelta antes de que hayas terminado.

—Ojalá —agradeció ella sus ánimos con una extensa sonrisa.

Cuando la joven desapareció tras la puerta y una vez en la cocina, Pau le preparó una bandeja con queso, lomo embuchado, jamón york y jamón serrano, acompañado de colines, de un zumo de naranja de tetrabrik y de una servilleta de papel, y se marchó dejando todas las luces apagadas excepto una, en la cocina, que iluminaba justo la parte de la encimera donde había dejado la cena.

Pau tardó menos de quince minutos en llegar al Campanile, pero dejó la moto aparcada detrás, fuera de la vista, frente a un edificio de viviendas con jardín. Buscó a Paco por todo el hotel, incluso preguntó al escaso personal con el que se cruzó a esas horas. Se sentía como pez fuera del agua. Icár había sido muy clara con respecto a los miedos de su amigo. Alguien de comisaría había saltado las alarmas de Paco y, sin saber quiénes habían sido, él tenía las manos atadas. No se atrevía ni a llamar a Ferrándiz, que había quedado de suplente del comisario. ¿Dónde podría estar su amigo?

Cuando ya pensaba abandonar el hotel, desde donde le había estado llamando constantemente con el móvil, para ir hasta el piso de su amigo a buscarlo, descubrió en el parking el inconfundible Toyota Corolla verde oscuro de Paco. Sintió una mezcla de alivio y de temor. Encontrar el coche daba pistas, pero por Dios que no tenía ni idea de qué hacía allí el automóvil sin su dueño.

Se acercó hasta el Toyota a echar un vistazo. Las posibilidades de que Paco se hubiera ido del hotel sin él eran muy pocas, por no decir nulas. Aunque fuera una zona en pleno crecimiento urbano, toda esa parte de Alicante no era muy transitable para el peatón todavía, por lo que a Pau no le quedaba otra que pensar que se había marchado con alguien. Se le encogió el corazón de pensar que se hubiera ido obligado. ¿Quién se lo habría llevado? ¿Y adónde?

Cuando llegó a la altura del coche, se dio cuenta de que Paco estaba dentro. A Pau se le cayó el alma a los pies. ¡Lo habían matado! ¡Aquellos hijos de puta lo habían asesinado a golpes! Paco tenía el rostro prácticamente desfigurado y la camisa a jirones ensangrentada. Estaba sentado en el asiento del conductor, con la cabeza caída hacia un lado. Pau no daba crédito a lo que veía. Por un segundo, la profunda amistad que sentía por aquel hombre, los años y la profesión compartidos, desfilaron en

imágenes por su cabeza. ¿No se habían creído, de algún modo, inmortales? ¿No habían vivido con arrogancia sus días como si estos fueran para siempre?

Pau abrió la puerta del automóvil y se abrazó a su amigo.

—¿Qué te han hecho? ¡Dios mío! —sollozó sin vergüenza alguna.

Y entonces, en un instante, todo cambió. Paco se movió, imperceptiblemente casi. Se quejó. Pau, que pasó de la congoja a la euforia, no daba crédito. ¡Estaba vivo! Paco apenas podía hablar y tampoco moverse. Pero ¡estaba vivo!

Preocupándose entonces por no hacerle daño y olvidándose de sus emociones, Pau le dijo:

—Creí que estabas muerto. —¡Joder! ¿De verdad era él el de la angustiada voz amariconada?—. ¿Quién te ha hecho esto?

—Chinos... —dijo Paco entre dientes—. Querían... que les dijera... dónde está Icár. Algo les hizo huir... y yo llegué al coche... ya no pude más.

Los dolores de Paco eran tan fuertes que era evidente que hasta el mover la boca para hablar le costaba.

—Te voy a llevar a casa. ¿Puedes moverte hasta el asiento del copiloto o te pongo detrás?

Paco asintió con lentitud.

—Detrás...

Tardaron lo que a Pau le parecieron horas en mover el cuerpo de Paco a los asientos traseros, pues en cada parte de su cuerpo en que le tocaba le provocaba tales dolores que caía en pequeños desvanecimientos que asustaban al inspector de tal modo que creía que lo había matado. Con todo el cuidado y la paciencia de que fue capaz, tras conseguir tumbarlo lo menos dolorido posible, Pau condujo con sumo cuidado hasta su casa.

—¿Icár llegó?

—Sí, está bien. Ahora la verás.

Y entonces Pau supo que no era un buen amigo pues, a pesar del susto pasado, de haber experimentado lo que creía era el fallecimiento de su íntimo amigo y haberlo sufrido como si de la muerte de un hermano se tratara, aunque sabía que Paco debía preguntar por Icár, no solo por trabajo, sino porque siempre la había querido, a pesar de todo ello, Pau no pudo evitar sentirse violento. Y supo que, a pesar de su amor por aquel hombre, un instinto superior a él se negaba a compartir a la mujer. Se daba cuenta de que cedérsela de buen grado era el mayor sacrificio que se podía imaginar haciendo y se daba cuenta de que, en realidad, no estaba dispuesto a hacerlo.

Capítulo 9

Arropada con un albornoz blanco, el pelo mojado y la esencia del aceite Johnson's en su cuerpo, Iciar buscaba en el armario algo que ponerse hasta que su ropa se lavase. Sabía que Pau le había mentado, que todas aquellas prendas no podían ser de su hermana, sino que se las dejaban olvidadas «sus amiguitas», como las llamaba ella despectivamente en su mente. No podía estar cien por cien segura, lógicamente, pero ¿qué hermana se dejaba ropa interior —por cierto, de color rojo, violeta y negro, ninguna de blanco algodón— pantalones y camisetas todas de diferentes tallas? O ese hombre tenía más de una hermana —con una enorme diferencia de tallas entre ellas, tan enorme que apenas se podrían prestar nada— o desde luego se confirmaban los malos pensamientos de Iciar de que el policía era un asqueroso mujeriego.

Odiaba el tipo de hombre que Pau encarnaba, pues sabía que en el fondo despreciaban a la mujer, aunque alardeasen de buenos amantes. Iciar no podía evitar pensar que, en el despreocupado intercambio sexual de dos adultos, había muy poco aprecio por la otra persona a la que, a fin de cuentas, se estaba usando simplemente para pasar un buen rato. Nunca había entendido cómo una pareja que acaba de conocerse en un bar o una discoteca, podía acabar metida en la cama, pasar juntos una noche entera y no volverse a ver. Para ella, el sexo estaba inseparablemente unido al amor y la confianza, y no era capaz no solo de acostarse, sino siquiera de besarse, con un hombre del que apenas sabía nada solo por pasar un buen rato. Es más, despreciaba ese tipo de relaciones.

Cierto que Pau tenía un físico impresionante e Iciar se sentía involuntariamente atraída hacia él. Pero con la cabeza sabía que era la clase de hombre equivocado. Ni por todo el oro del mundo se plantearía ser una más de una larga fila de mujeres con las que él simplemente pasaba el rato. Se había convencido a sí misma, mucho tiempo atrás, de que merecía algo más, mucho más en realidad. De hecho, en ese sentido, Iciar lo quería todo y no pensaba conformarse con menos por mucho que tuviese que esperar hasta que apareciese el hombre adecuado.

Encontró una camiseta blanca con un eslogan de promoción del club de golf Bonalba y unos pantalones azul marino de cintura de goma. Ambas prendas eran más o menos de su tamaño. Se negó a usar la ropa interior de otra, aunque por su orden y apariencia, daba la impresión de que todo

estaba lavado y planchado. Como no se imaginaba a Pau cerca de una tabla de planchar, se imaginó que tendría alguna asistenta que le limpiara y le hiciera las coladas.

Con el pelo mojado y descalza salió al salón. La habitación estaba a oscuras, pero enseguida sus ojos se acostumbraron a la iluminación leve que entraba del exterior, así que fue hasta la cocina sin encender nada. Debajo de un foco de luz vio la bandeja que había preparado Pau. Se maldijo a sí misma por sentirse enternecida. ¡Qué diablos! A lo largo de su vida la habían invitado a los mejores restaurantes e, incluso, algún hombre había cocinado para ella, no podía creerse que le emocionase de tal manera una bandeja con embutidos. Comió un poco de pan y queso y se bebió el zumo. Se disponía a curiosear por los armarios en busca de algo dulce cuando llamaron al timbre.

Instintivamente se asustó. Con un rápido movimiento, apagó la luz a pesar de que esta no se podía ver desde fuera y permaneció a la escucha. ¿Podría ser Paco? ¿Quién, si no, iba a ir a una casa a esas horas de la noche? Con el corazón latándole desbocado, fue andando lentamente y se acercó a observar por la mirilla de la puerta de entrada. Al otro lado, en el porche de la entrada, una mujer se movía inquieta paseando, como una pantera enjaulada. Otro timbrazo. Iba vestida con un traje negro de tirantes. Era rubia y estaba muy maquillada. Supuso que era uno de los ligues de los de la ropa olvidada. Icár, mientras la miraba, ni siquiera respiraba. Comprendía que esa mujer no era ningún peligro, pero no se le ocurría abrir ni por asomo. ¿No se daba cuenta esa tonta de que la moto de Pau no estaba? Otro timbrazo. Y otro.

Un coche rojo descapotable la aguardaba con la puerta abierta. La joven dio media vuelta y sus pasos sobre los elevados tacones hicieron ruido al pisar la grava del camino. Se subió al deportivo con aspecto muy malhumorado. Se marchó de la finca sin molestarse siquiera en bajarse a cerrar la cancela.

Icár se tranquilizó. No se había dado cuenta de que había estado conteniendo la respiración hasta ese momento en que volvió a respirar otra vez. Solo por los segundos de tensión que acababa de pasar mataría a Pau. Pero claro, ¿cómo iba él a saber que su planeada nochecita de amor con la rubia guaperas se le iba a estropear por su causa? Pero ¿tan poco le importaba esa mujer que se le había olvidado llamarla para anular la cita?

Como estaba nerviosa por averiguar qué pasaba y quería esperar a Pau, se sentó en el sofá a ver la tele con la idea de que la caja tonta la distrajera de sus nervios y de los negros pensamientos que se le pasaban por la cabeza. Pero nada captaba su atención, sus sentidos estaban centrados en los ruidos exteriores. Cada dos por tres ideaba una imagen horrible de los dos amigos muertos a tiros y bañados en un charco de sangre.

Por fin, oyó el motor de un coche. Corrió a la puerta y en cuanto vio por la mirilla que eran Pau y Paco, este último en un penoso estado, salió antes de que Pau tuviera tiempo de sacarse la llave del bolsillo.

Haciendo mil preguntas ayudó a los dos policías a entrar. Icár no paraba de

interrogarles. A Paco para saber si le estaban haciendo daño y a Pau insistiendo en averiguar qué había pasado y cómo había terminado su compañero en ese estado. Si no fuera por la gravedad de la agresión, Pau se hubiera echado a reír. Aquella pequeña mujer le estaba poniendo entre la espada y la pared como si el responsable de lo que había pasado fuera él.

Tumbaron a Paco en una cama.

—Voy a llamar a un amigo médico para que venga a verle —le explicaba a Icía procurando no sentir la punzada de envidia que le dio que ella se llevara la mano de Paco al pecho—. No me atrevo a llevarle al hospital todavía, hasta que no sepamos quién de la comisaría está involucrado en esto. —No le gustaba el aspecto de algunas heridas, en particular una ceja partida, y temía que pudiera tener alguna costilla rota. Y no quería ni pensar que pudiera haber lesión cerebral.

Salió de la habitación para llamar, pues no quería seguir viendo a Icía lavando dulcemente con agua con sal el rostro destrozado de Paco mientras este la miraba con sus ojos vidriosos, y aun así enamorados, uno de ellos prácticamente cerrado por la hinchazón. La joven no podía frenar las lágrimas que, a borbotones, le corrían silenciosas por el rostro.

El médico llegó tan rápidamente que Icía dedujo que era en verdad muy buen amigo de Pau. Con aspecto eficiente y sin grandes aspavientos, cosió algunas brechas y vendó el tórax de Paco.

—Sin el instrumental necesario y sin hacerle unas placas, no puedo ver si hay lesiones internas. Habría que hacerle un escáner, porque me preocupa la cabeza, aunque aparentemente responde bien a los estímulos. Tenéis que ir a una farmacia de guardia y comprarle enseguida estos antiinflamatorios, antibióticos y pastillas para el dolor —dijo tendiéndole las recetas a su amigo—, si no queréis que mañana se encuentre mucho peor. No dejéis de tenerle observado. Tras doce horas, su aspecto puede ser más llamativo por los derrames, pero eso no significará un empeoramiento, no os asustéis. Es la evolución lógica de este tipo de golpes. Si necesitáis algo, me llamáis.

—Muchas gracias —le dijo Pau, dándole un amistoso golpe en la espalda.

—No hay por qué. —Y, antes de irse, le preguntó con una luz de preocupación en su mirada—: ¿Estás seguro de lo que estás haciendo?

Pau se encogió de hombros.

—Ahora mismo no tenemos más remedio. La vida de la chica está en peligro.

—He leído algo en los periódicos. Mafia china, ¿no?

Pau asintió.

—Desde luego, ella merece la pena, es una monada —bromeó, acostumbrado a ese tipo de comentarios habituales entre ellos en otras circunstancias—. Pero me preocupas tú. Desde que te hiciste poli has sido siempre tan... —Buscó la palabra—. Legal, que el hecho de que ahora quieras ocultar una agresión a un compañero me deja muy intrigado.

Pau le sonrió.

—La curiosidad mató al gato, ya lo sabes. Vete a dormir con tu mujer y

hazte un favor a ti mismo: esta noche no me has visto y, desde luego, no has estado aquí.

—Tú sabrás. Confío en ti. Buenas noches.

Pau se despidió de su amigo con la celeridad del que se quita un peso de encima. Tenían mucho que hacer todavía y necesitaba el apoyo de una mujer atemorizada y exhausta antes de poderla dejar descansar.

—¿Cómo está? —preguntó por Paco al entrar en su dormitorio.

—Se ha quedado dormido o inconsciente, no lo sé.

—Mejor para él. —Pau se encogió de hombros. Por experiencia propia sabía que el sueño era el mejor modo de superar los dolores. Así que pasó a cosas más prácticas.

—Tenemos que ir a recoger mi moto, que está en el Campanile. Aunque no la aparqué en el parking del hotel, con la luz del día pueden verla donde la he dejado y atar cabos. Además, hay que ir a una farmacia de guardia a por las medicinas de Paco. Tú conduces, ¿verdad? —Y al asentir Icár, siguió —: Nos vamos en mi coche y tú lo traes de vuelta cuando coja yo la moto. Ahora voy a meter el de Paco en el garaje para que no se vea desde fuera. Con cualquiera con el que me encuentre a partir de este momento, fingiré que no sé nada de esta historia y que no he tenido ningún contacto con Paco.

Pasaron por una farmacia de guardia antes de llegar de nuevo al Campanile en aquella segunda noche interminable para Icár y Pau.

—¿Estás muy cansada? —le preguntó preocupado, al ver cómo ella reclinaba la cabeza contra el respaldo.

—Supongo que igual que tú —sonrió ella—. Parece mentira lo que el cuerpo es capaz de aguantar.

—Por experiencia sé que mucho más. A menudo, durante las fiestas de las hogueras de San Juan o cuando era más joven, enlazaba noches enteras de juerga con jornadas laborales durante cuatro o cinco días.

—¿Paco también? —le preguntó Icár sin saber por qué.

Pau pensó equivocadamente que su interés se debía a la curiosidad típica por las personas a las que se ama—. No, Paco era de acostarse pronto generalmente.

—Sois muy distintos y, sin embargo, íntimos —se le escapó a la joven en voz alta.

—Los polos opuestos se atraen, ya lo sabes —le sonrió Pau, pensando que así le había pasado a él con ella. No podía saber que ella pensaba lo mismo hacia él.

—Yo tampoco he sido nunca de grandes juergas. He odiado las discotecas, las fiestas multitudinarias. Nunca me ha gustado el alcohol... y aunque he salido, lógicamente, y sigo haciéndolo, nunca me he encontrado a gusto del todo con la idea general de «marcha», la verdad. Me va mucho más salir a cenar, de picoteo, cañitas en un bar, la conversación... A veces, cuando era más joven y salía con mis amigas, me sorprendía preguntándome: ¿qué estás haciendo aquí? Era como si a través de tanto ruido, la música tan alta, las conversaciones triviales, yo estuviera observándolo todo desde otra

perspectiva diferente a los demás. Tuve mi época, claro, como todo el mundo. Estudiando el bachillerato salía y entraba como la que más, pero nunca supe disfrutarlo.

—No, claro, si no bebes y pretendes que lo que te dice el de al lado tenga algo de sentido, la movida nocturna no es lo tuyo —dijo Pau divertido—. Pero es que normalmente la gente no sale por la noche a oír conferencias.

Icía se ruborizó sabiendo de sobra que había quedado como una tonta. ¡Claro que no iban a recibir conferencias!

—No, ya sé que para el aquí-te-pillo-aquí-te-mato al que estás acostumbrado no hace falta hablar de nada, el físico es suficiente. Y si no hay mucha luz, pues ni eso hace falta, cualquier mujer es válida. —No pudo por menos que contestar enfadada.

Pau se dio cuenta de su disgusto y, sin saber por qué, sintió una oleada de placer que le recorrió el cuerpo. ¿Podría ella estar celosa?

—No pretendía ofenderte, solo hablaba en general. —Se encogió de hombros, demostrando así que la diatriba de ella no le había afectado lo más mínimo.

—Es que me sienta fatal que se viva como tú —soltó finalmente ella.

—¿Cómo? —preguntó Pau haciéndose el inocente y mirándola con un destello de picardía en los ojos.

—Pues así... ligando todo el rato. Me enfada que las mujeres hayan sacrificado el hacerse valer por lo que para mí es una malentendida manera de enfocar la libertad sexual. Por alcanzar una imposible igualdad en ese plano, la mujer ha perdido que se la trate como algo hermoso, os hemos quitado a los hombres la lucha por la conquista y nosotras hemos perdido por el camino que nos aduléis, que nos tratéis de conseguir, que os preocupéis por nosotras, en definitiva, que nos miréis como algo valioso en vez de como a un vaso de agua cada vez que tenéis sed.

Pau estuvo a punto de decirle que cuando la miraba a ella veía mucho más que alguien con quien compartir un poco de sexo sin complicaciones. Por su físico, Pau se había acostumbrado desde muy joven a que las mujeres le persiguiesen a él y, lo que empezó como una novedad en sus primeras salidas nocturnas, acabó en costumbre. Nunca se le había ocurrido cambiar las cosas, aunque sabía de sobra que ese tipo de vida no le llevaba a ningún lado, ni le llenaba lo más mínimo. Lo consideraba un aspecto entre otros tantos de su forma de vida. Pero tampoco nunca antes había conocido a ninguna mujer por la que mereciera la pena cambiar o renunciar a las demás.

Hasta el día de hoy... Pero se abstuvo de pensarlo siquiera. Esa mujer, por ser de Paco, era intocable para él.

Así que decidió seguir con la conversación, ya que estaba en su carácter no despreciar un poco de diversión cuando se la servían en bandeja:

—Me parece que tienes un concepto muy pobre del tema: si dos personas adultas deciden libremente pasar la noche así... —E hizo un gesto ambiguo con las manos en el volante.

—Que sean mayores de edad no siempre significa que sus actos sean libres y responsables —dijo Iciar sarcásticamente. Y luego, acordándose de

la joven que había ido aquella noche, añadió—: No creo que la mujer que ha ido a verte esta noche a tu casa haya admitido libremente que no quieras verla más. Las dos de la mañana no me parece la mejor hora para visitar a alguien.

—¿Quién ha venido? ¿No te dije que no abrieras la puerta?

Pau dejó de mirar a la carretera para mirarla a ella.

—No la he abierto, solo la he visto por la mirilla. Una chica rubia, alta, muy maquillada, con un coche rojo...

De golpe, Icár, al oír el tono alarmado de su acompañante, había recordado el motivo por el que estaban allí.

—Oye, perdóname, soy una estúpida. No soy quién para meterme en tu vida ni en lo que haces. Me estás salvando la vida, me has acogido en tu casa, me has puesto a salvo ya no sé cuántas veces y yo te lo pago metiéndome contigo. Por favor, perdóname, no te juzgo, de verdad, lo siento.

—No te preocupes —dijo Pau sonriendo. Había notado la angustia en su voz—. En realidad, tienes razón en todas las cosas que has dicho y, no creas, pienso de vez en cuando en cambiar de vida, pero a veces no es nada fácil. ¿Amigos? —Y le tendió la mano.

—¡Amigos! —dijo Icár aliviada.

—Pues los amigos se dicen tranquilamente lo que piensan. Así que ahora me toca a mí.

—¿Qué? —preguntó ella sin saber por dónde iba a salir o qué quería saber.

—¿De dónde venías tú a las tres de la mañana el otro día? Porque me parece que tampoco son horas.

—Pues de cuidar a los dos hijos de una compañera de trabajo que estaba en el hospital con el pequeño por un ataque de asma. Ni más ni menos.

—Eso está bien —dijo Pau, que ya se lo había querido preguntar en otra ocasión, pero no había tenido valor y había sentido celos sabiendo que no había estado con Paco esa noche. Quería saber quién más había en su vida, y amigas casadas y con hijos le parecían una amistad estupenda. Además, siempre tendría presente Pau que el asma de aquel chiquillo le había salvado la vida a Icár. El policía no quería pensar que la filóloga estaría ahora como Carolina si hubiera llegado a casa a la hora de siempre.

Al llegar al Campanile tuvieron la precaución de hacerlo con las luces apagadas y sin pasar por la puerta principal, donde había varios coches de policía.

—¡Qué extraño! —dijo Pau

—¿Qué pasa?

—En comisaría han debido de enterarse ya de que ha sucedido algo, porque la entrada del hotel está llena de coches patrulla, pero yo no he recibido ninguna llamada para avisarme. Vayamos a coger mi moto antes de que la vean. Ve dando la vuelta al edificio, yo te seguiré en todo momento de vuelta a casa y ya veremos qué hacemos mañana.

Cuando llegaron de nuevo a la casa, después de dejar el coche y la moto

en el garaje, administraron a Paco los fármacos y volvieron a lavarle las heridas. Al cabo de media hora se había quedado dormido.

—Tú también debes ir a dormir —le dijo Pau a Icíar, preocupado por la carita pálida que tenía ella y las manchas oscuras que le habían salido en la piel debajo de los ojos.

—¿Y tú?

¡Dios! ¿Por qué le emocionaría tan poca cosa? ¿Por qué el hecho de que ella se preocupara tan solo un poco de él le proporcionaba tanta alegría?

—Dormiré aquí, con Paco, por si quiere algo. Mañana iré a trabajar en mi turno como cada día. Es la única manera de que me entere de algo y averigüe por qué y qué está pasando. Si me he marchado antes de que despiertes, recuerda que las normas siguen más vigentes que nunca. Nada de abrir la puerta ni de contestar al teléfono. Y procura descansar, pues tendrás que cuidar de Paco. Buenas noches.

—Buenas noches... y gracias por todo. Si necesitáis algo, avisadme, y despiértame por la mañana.

—Descuida —le contestó, aunque no pensaba hacerlo.

Icíar pensó que no podría dormir a causa de los nervios. Pero todo cuerpo tiene sus limitaciones y la tensión de los últimos días pudo con ella. En cuanto pegó la oreja en la almohada cayó en un sueño inquieto, pero que cumplió su papel de hacerla descansar.

Paco, por su parte, pasó también una noche bastante pasable gracias a los medicamentos que, aparte de quitarle algo de dolor, le adormecieron.

El que no pegó ojo fue Pau, que se pasó las horas barajando compañeros de la comisaría que pudieran estar implicados, haber cobrado por ayudar a Chen Li o haber sido simplemente manipulados sin tener muy claras las consecuencias de lo que hacían.

Capítulo 10

Icár se despertó sobresaltada con el sonido del timbre de la puerta. Al principio, medio dormida, pensó: «Que abra Pau, será alguna de sus amiguitas», pero luego, cayendo en la cuenta de que ya era de día, que no se oía ningún ruido en la casa y que la luz que entraba por su habitación anunciaba una mañana bastante avanzada, se le ocurrieron, en unas décimas de segundo, todas las catástrofes juntas: que Pau y Paco habían muerto, que la habían dejado allí sola, que Paco se había puesto peor por la noche y Pau se lo había llevado al hospital... Corriendo hacia la puerta y procurando no hacer ruido, trató de pensar en qué hacer. Oyó una voz a su espalda susurrando:

—¡No abras sea quien sea!

Se dio la vuelta con el corazón en la boca del susto. Era Paco, de pie, apoyado en el umbral de la puerta, vestido con una camiseta azul marino y con un pantalón corto que bien podría ser su calzoncillo. Su rostro, desfigurado, le daba un aspecto espectral.

—¡Paco! —le dijo Icár también en un susurro—. ¿Cómo es que te has levantado?

—Me encuentro mejor.

Otra llamada al timbre.

—Ve a ver quién es por la mirilla, ¿quieres?

Lentamente, Icár se acercó. Vio a dos hombres vestidos informalmente, con vaqueros uno y el otro con pantalón liso, ambos con las camisas por fuera. Llevaban gafas de sol, así que no se les distinguían bien los rostros, pero uno era rubio y el otro completamente calvo. Volvió sobre sus pasos a informar a Paco cuando, a través de la puerta, les llegó la voz de uno de ellos:

—Paco, Pau nos ha dicho que estabas y hemos venido a verte —decía a gritos.

Icár miró interrogativamente a Paco.

—Es un farol.

Se quedaron callados, uno frente al otro, hasta que oyeron el motor del coche que se iba. Para mayor seguridad, Icár volvió a mirar:

—Se han ido los dos. —Y volviéndose a Paco—: ¿Qué haces levantado?, ¿dónde está Pau?

—Se ha ido a trabajar. Me ha dado las medicinas y me ha hecho las curas

antes de irse, así que estoy estupendamente.

—¿Por qué no me habéis despertado?

—Los dos estábamos de acuerdo en que necesitabas descansar.

Icíar miró su reloj de pulsera.

—¿Son ya las doce?

—Seguramente. Vamos a la cocina y me pones un café, así tú desayunas y me describes exactamente cómo eran esos dos.

Al tiempo que servía dos tazas de humeante café, Iciar le dijo a Paco:

—En menudo lío os he metido, Paco. Nunca podré agradeceros bastante a Pau y a ti todo lo que estáis haciendo y lo que estáis pasando.

—Nada de eso, es nuestro trabajo.

—No, Paco, precisamente porque os habéis excedido en vuestra labor, yendo más allá de donde se os pedía, negándoos a delegar en otros, es por lo que estáis en este lío.

Si no fuera porque le dolía toda la boca, Paco se hubiera reído.

—¿Es que no has oído hablar de la exhaustiva dedicación de las fuerzas del orden, Iciar? —Y para dejarla tranquila, pero también porque era la verdad, le aseguró—: Te prometo que haríamos exactamente lo mismo por cualquier otro ciudadano en peligro. Solo hemos tenido la mala pata de que el comisario se encuentre fuera, si no, no te habrías visto tú metida en este follón interno.

—¿Qué hay que hacer ahora?

—A ver qué cuenta Pau cuando venga.

—¿Has hablado con Aitana o con tus padres?

—No.

—¿No estarán preocupados?

—Solo si les han llamado de comisaría. Pero es peligroso ponerme en contacto con ellos. Cuanto menos sepan de esta historia, mejor.

—¿Cómo puede ser posible? ¿Cómo puede alguien comprar a la policía?

—Bueno, no es que hayan sobornado a toda la policía. Basta con que lo hayan hecho a los cargos adecuados. Los demás harán lo que les manden. Por eso no nos podemos fiar de nadie, hasta que sepamos quién está tocado y quién no.

Icíar se levantó a sacar su ropa de la secadora meditando en lo que le acababa de decir. Claro, un jefe podía mandar a un subalterno y, mientras la orden no tuviera nada de ilegal, si el subalterno no sabía que hubiera nada malo en lo que hacía, obedecería sin preguntar: como venir a enterarse de si estaban ellos allí, o informar si los veían en algún lado... Podían tener a todos los agentes de policía en contra sin que estos supieran que estaban haciendo un flaco favor a la ley. Con el ánimo de centrarse en la cotidianidad y aferrarse de esa manera a hacer algo práctico, buscó la plancha para darle por lo menos una pasada a la camisa y los pantalones.

—Voy a darme una ducha, ¿seguro que no necesitas nada? —le dijo a Paco cuando hubo terminado de planchar, no solo su ropa, sino la de toda la secadora.

—Me gustaría hablar contigo un rato —observó, confirmando lo que ya sabía, que la primera reacción de la mujer fue un tanto reticente—. Llevas

varios días dándome largas, antes de que pasara todo esto —le dijo sin ambages cuando ella se sentó.

—Es que... —Iciar supo que se había coloreado porque el rostro le ardía. ¿No podía Paco elegir otro momento para hablar con ella? ¿No podía esperar a que él no tuviera esa cara deshecha, recordatorio de que se había jugado la vida por ella?

—No. Déjame hablar, por favor. —Cogió una de las pequeñas manos de ella entre las suyas, toscas y grandes, con los nudillos destrozados de los pocos golpes que pudo devolver antes de que le dejaran KO—. Simplemente quería decirte que toda mi vida, desde que te conocí, he estado enamorado de ti. Me ha sido imposible amar a ninguna otra mujer porque siempre has estado en mi pensamiento, instalada en él sin más. Dejé de verte cuando perdiste el contacto con Aitana para volver al País Vasco, pero siempre me he preguntado qué sería de ti.

«Dios mío», pensó Iciar, «se me va a declarar, justo ahora, con esa cara llena de heridas por mi culpa y no voy a ser capaz de decirle que no».

—Cuando venía de vacaciones —siguió Paco—, y estaba con Pau, no me apetecía salir con él, a pesar de que me presentaría a chicas guapas y... fáciles, por decirlo de alguna manera. Yo sabía dónde había un tesoro, y todas las chicas del mundo juntas no podían competir contra el simple hecho de recordarte. Ahora que has vuelto y durante estos meses que hemos estado viéndonos, me he dado cuenta de que eres solo eso, Iciar, recuerdos —dijo Paco con valentía, esperando que ella no fuera consciente del esfuerzo que le requerían esas palabras.

—¿Cómo? —preguntó la joven dándose cuenta de que la conversación no iba por los derroteros que ella imaginaba.

—Pues sí, que he estado loco por ti tanto tiempo que creía que seguía estándolo, pero cuando te he vuelto a ver, a tratarte... no sé si es que tengo demasiado idealizado el pasado o qué, pero siento que no es lo mismo, que me falta algo. —Y como creyó entender que ella le miraba con incredulidad, añadió—: No te lo tomes a mal, no es que no me parezcas muy atractiva, pero no eres lo que yo esperaba.

Iciar sintió tal alivio, que no se sintió ofendida en absoluto. De repente, estar allí sentada con Paco, al que conocía desde hacía tantísimo tiempo, dejó de ser una tortura para sentirse tan cómoda como con unas viejas zapatillas. Le salió una risa franca y divertida que terminó de romper el corazón de Paco en mil pedazos tirando sus desesperadas ilusiones por la ventana.

—Es curioso —dijo ella sonriéndole y acariciándole suavemente los nudillos dañados—, a mí me ha pasado igual. Siempre me pasa, de hecho. Voy tan predispuesta a que todo va a ir sobre ruedas cuando conozco a un hombre que me gusta, que luego siempre noto que me falta algo. Cuando llegué a Alicante y Aitana me hablaba tanto de que tú y yo saliéramos por fin, yo pensaba que iba a ser perfecto. De hecho, tengo tan buenos recuerdos de nuestros años en la Universidad, soñé tantas veces con que me pedirías salir... Más de una vez, luego, me he echado en cara no haberte alentado más o no haber tomado yo las riendas y me castigaba por mi timidez, por mi

poca iniciativa. ¿No te preguntas a veces qué habría sido de nosotros entonces? ¿Si estaríamos ahora casados, con hijos, un chalet en una urbanización y un buen perro?

Como solo la idea le dolía, Paco esquivó sus ojos.

Hubo un silencio entre los dos.

—El caso es que no solo me ha pasado contigo —siguió Icár analizándose en voz alta y ajena a la turbulenta marea de sensaciones que sus palabras habían provocado en su interlocutor—. Siempre que encuentro a un hombre con las cualidades necesarias y bien dispuesto a formar una familia, siempre que me vuelco en construir una relación... siento que algo falla, que no me llena... Quizá no estemos hechos para el matrimonio.

—Quizá tú no estás hecha para hombres como yo, serios y monógamos —le corrigió Paco, que no dudaba que Icár estaba hecha para Pau, por mucho que le doliera reconocerlo. ¿Quién sino alguien tan especial como ella podía meter a su amigo en vereda?

—¡Qué va! Ya sabes que yo no podría salir con un hombre que no fuera en mi misma dirección. No me va perder el tiempo. Además, ya no tengo edad de otra cosa. A mis años... —Paco trató de no reírse porque Icár eligiese las palabras de una anciana—. O los dos vamos a lo mismo y lo dejamos claro desde el principio, o no hay manera de evitar unos cuantos descabros de cabeza... o lo que es peor, de corazón.

—Ya, pero quizás puedas hacer que uno que no sea como tú quieres empiece a serlo tras conocerte. —Con toda intención ahora, Paco había preparado el anzuelo y se había lanzado a pescar.

La joven se quedó mirándole asombrada e intrigada. ¿Se habría dado cuenta Paco de su interés por Pau? ¿Tan obvia era? ¿O simplemente el policía hablaba por hablar?

—Eso es un imposible, Paco. La gente no cambia tan fácilmente —dijo poniendo punto final a la conversación—. Voy a ducharme. ¿Te acompaño a la cama primero?

A pesar de tener la cara hinchada, todo el cuerpo desde la cabeza hasta el dedo pequeño del pie dolorido y magullado y estar casi ciego, Paco había visto muchas cosas desde que Pau lo llevó a su casa.

Al principio encontró natural la camaradería con la que se trataban Icár y Pau: habían vivido un par de noches de intenso «codeo» y, sobre todo, emociones muy fuertes. Luego notó la ansiedad en la voz de Pau cuando se dirigía a Icár y observó las miradas que ella le dirigía a su amigo de vez en cuando, mientras que este, por el contrario, esquivaba la vista. Pero fue cuando pilló a Pau interrumpiendo un viaje de su mano para recoger un mechón de pelo de Icár, que se le había escapado de la coleta, cuando confirmó sus suposiciones.

Sabía que Pau era el tipo de hombre con el que Icár no saldría. Tanto Aitana como ella criticaban, él las había oído con frecuencia, a los donjuanes empedernidos. Y aunque supusiera que era la típica postura de las jovencitas ante los ligones despreocupados, resultado de la alianza entre

chicas que se apoyan ante los conquistadores rompecorazones, sabía también la facilidad con la que Pau hacía mella en las mujeres. Como quería a su amigo —con la misma intensidad y de la misma manera generosa y confiada que quería a sus hermanos— entendía que fuera así. Es cierto que su íntimo tenía una larga cola de mujeres despechadas en su pasado. El joven policía había partido muchos corazones, tanto de mujeres no correspondidas, como de aquellas que querían más de lo que él estaba dispuesto a ofrecer. Pero también sabía que no había tomado nada que no se le hubiera ofrecido sin condición alguna y, aunque él tampoco comprendía ese tipo de relaciones, en defensa de su amigo sí podía alegar que era lo que se llevaba hoy en día y que era más un problema de ellas si no sabían atenerse a las normas que de Pau por cumplir estrictamente con lo pactado.

Cuando Paco comprendió que Iciár estaba muy interesada en Pau, su estado de ánimo pasó por distintas etapas. Primero sintió celos. ¿También esta se la va a quedar Pau?, pensó con rabia. ¿Hasta Iciár, tan sensata, ha sucumbido a sus encantos?, se preguntó al principio. Casi enseguida se dio cuenta de que por mucho que le atrajera, Iciár iba a poner todo de su parte para no enamorarse de Pau. Tenía demasiada cabeza para perderla por un seductor. Entonces se tranquilizó. Las mujeres como Iciár no caían en el amor solo con el corazón, también ponían la cabeza. Y por experiencia propia sabía que la cabecita de su amor de toda la vida era bastante prudente. Así que, decidió, tras madurarlo un poco, que Iciár nunca caería con Pau.

Más tarde, cuando observó que Pau le esquivaba y procuraba no mirarla, a pesar de que se le iban los ojos y las manos detrás de ella, se dio cuenta de que su mejor amigo se había enamorado, pero no quería reconocérselo a sí mismo y, mucho menos, dar rienda suelta a ese sentimiento. Y Paco sabía por qué: porque Pau pensaba que Iciár era de él. Al darse cuenta de este noble sentimiento por parte de su amigo, le nacieron igualmente leales sentimientos hacia él y deseos de corresponder de algún modo los esfuerzos de su íntimo. Así que, mientras los dos se volcaban en él, limpiándole, lavándole, haciéndole las curas y también cuando le dejaron solo para ir a por sus medicinas, decidió que les amaba profundamente, por lo que solo por este motivo quedaba claro para él que estaban hechos el uno para el otro. Sin embargo, Paco no ignoraba que los dos cabezas de chorlito iban a necesitar un empujón.

Los pensamientos de Paco habían dado pie a la euforia del que ha encontrado su misión: ¿qué mejor mujer que esta para su mejor amigo? Ahora sí, sabía que todo estaba en sus manos: con lo tranquila que era Iciár para estos asuntos, el policía sabía que nunca daría un paso en dirección a Pau y este, mal acostumbrado como estaba a tratar con otro tipo de mujeres, en cuanto Iciár le diera calabazas un par de veces, se daría por vencido. Además, mientras su amigo pensara que él todavía quería a Iciár nunca se iba a inmiscuir. De su lealtad en eso, Paco estaba completamente seguro.

Así que, como el inmejorable amigo que era y queriendo a los dos como los quería, tuvo claro que tendría que intervenir.

Por ese motivo, cuando Pau se levantó aquella mañana para ir al trabajo y le despertó para darle las medicinas, Paco le pidió que se sentara un rato con él, igual que acabaría haciendo con Icía aquella mañana. A pesar del dolor que le estaba infligiendo la cura en la destrozada cara, lanzó su primer anzuelo.

—No hagas ninguna tontería.

—No te preocupes. Si en comisaría no lo veo claro, no digo nada y hasta la semana que viene que vuelva el comisario os tengo aquí en mi casa escondidos a ti y a Icía.

—¿A que es fantástica?

La mirada huidiza de Pau le hizo sonreír.

—¿Quién? —le preguntó su amigo.

—Icía

—Sí, tienes mucha suerte —dijo Pau descuidadamente.

—La tendría si me hubiera dicho que sí.

Los ojos de Pau le miraron interesados.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que yo ya me temía. No soy su hombre. —Sabía las emociones que estaba desatando en su amigo, pero siguió adelante para dejarlo todo claro —: Dudo que algún día lo fuera, excepto quizá hace mucho. A todas las chicas les gusta alguna vez el hermano mayor de su íntima amiga.

—Lo siento. —Y la verdad es que Pau lo sentía. Sabía cuánto se merecía Paco la felicidad.

—No pasa nada. En realidad —le mintió igual que haría luego con Icía—, creo que yo me aferré demasiado a mis recuerdos sobre ella y la he idealizado en exceso. Tampoco es lo que yo me esperaba. Será mejor así. — Ya había dicho lo que quería.

Aunque Pau no entendía cómo alguien podía idealizar a Icía demasiado, pues a él le parecía que era ya perfecta, no se paró a pensar en lo que las declaraciones de Paco significaban hasta que estaba ya en camino a la comisaría. ¿Le acababa de dar su amigo vía libre para la única mujer a la que siempre había amado?

Una profunda gratitud y reconocimiento nacieron de su alma hacia Paco. ¡Qué cabrón era! A lo largo de toda una vida compartiendo su amistad, era mucho lo que le debía a Paco después de tantas experiencias juntos, pero estaba claro que ninguna tan enorme como esa.

Esta vez le debía una bien grande. Enormemente agradecido, Pau se preguntó si la vida le daría la oportunidad de devolvérsela.

Capítulo 11

A lo largo de los tres días siguientes, Pau se fue al trabajo con normalidad, asegurando a sus superiores que desconocía el paradero de Paco ni lo que hubiera podido pasar, fingiéndose preocupado a veces, dando muestras de su absoluta confianza en la competencia de su amigo para salvaguardar a la testigo y cuidar de sí mismo en otras ocasiones, y tratando de leer las mentes de sus compañeros de trabajo continuamente. Dudaba de todos: desde el comisario suplente hasta el último agente, aceptando que había más de un implicado y que algunos de los que habían mostrado su preocupación por Paco, realmente tenían un peligroso interés. Le dolió no poderse poner en ningún momento en contacto con el comisario superior quien, al parecer, sí que estaba al tanto de lo sucedido y daba órdenes desde Madrid. El hecho de que en comisaría no se recibieran noticias del inspector desaparecido y de la testigo, hacía pensar lo peor y tenía al cuerpo nacional de la Policía en alerta máxima, con controles en las principales carreteras, registros desesperados en propiedades de personas de origen chino con antecedentes y todo un protocolo de actuaciones que resultaban en vano.

Por su parte, la Fiscalía ya había detenido al hijo de Chan Li y había conseguido que el juez le negara la libertad bajo fianza con el argumento de evitar su fuga y conseguir así un juicio lo más rápidamente posible.

Y mientras todos andaban de cabeza buscando a Icár y a Paco, la pareja de refugiados se mantenía estrictamente en el interior de la casa de Pau, extremando las precauciones de tal modo que no osaban ni salir al jardín, abrir una ventana o encender una luz a lo largo del día. El encierro se hacía más pesado para Icár, que era la que menos acostumbrada estaba a este tipo de situaciones, padecía algo de histerismo a causa de las desagradables experiencias recientes y no contaba con el recurso de atiborrarse a calmantes como sí podía hacer Paco, permitiéndose de esta manera algunos oportunos intervalos entre el sopor y la inconsciencia que le ayudaban a recuperarse con más rapidez. Por otro lado, desde su recién establecida situación de «solo amigos», habían entrado en una cómoda rutina de convivencia y horas juntos en el sofá viendo programas de la tele, viejas películas de DVD y leyendo revistas antiguas que rondaban por la casa o libros de la biblioteca nada despreciable de Pau.

Por su parte, su anfitrión nunca antes había vuelto con tantas ganas a su casa. Cuando llegaba el mediodía, momento para el que había estado

echando vistazos a su reloj de pulsera a lo largo de toda la mañana, Iciár había puesto la mesa y cocinado un menú delicioso que los tres comían juntos, llegando incluso a veces a olvidar el triste motivo que los mantenía bajo el mismo techo. Solo el rostro de Paco, cada vez menos hinchado, pero tristemente desfigurado, servía de recordatorio constante de la violencia que les rodeaba.

Pau descubría a cada momento nuevos rasgos de Iciár que le gustaban y pensaba soñadoramente en lo agradable que sería vivir con ella y comer juntos siempre que fuera posible. Le gustaba su modo tranquilo de escuchar, su comprensión, su dulce alegría y sus hermosos ojos verdes. Además, tenía un fino sentido del humor que desvelaba de vez en cuando, muy vasco, tajante e irónico.

Pero con lo que Pau más disfrutaba era con las noches. A pesar del cansancio del día, de la tensión y del evidente estado de nervios de la joven cada vez más patente, el final del día era un placer para el policía al que nunca pondría fin. Después de cenar y recoger juntos la cocina, se pasaban horas hablando. Normalmente, Paco se retiraba antes incluso de llegar al postre, alegando con más o menos sentido del humor que ya no podía más y delegaba en su anfitrión el turno de cuidar y entretener a la testigo. Pau se estaba empezando a dar cuenta de la sutil campaña de su amigo por aproximarse a Iciár y no podía estarle más agradecido. Por su parte, si la joven notaba algo, desde luego, no lo manifestaba.

Y entonces se quedaban los dos solos, cada uno en un sofá del cuarto de estar, cómodamente semitumbados, hablando de sus vidas, sus familias, amistades, ambiciones, objetivos... en definitiva, conociéndose. Iciár tenía la facultad de hacer hablar a Pau de cuestiones que hacía tiempo ni se planteaba, sobre todo en lo relacionado a proyectos personales de futuro: qué pretendía hacer con su vida, qué tipo de familia le gustaría tener, cosas que hacía tiempo que el inspector no le decía a nadie, ni a sí mismo, en voz alta.

—Por cierto —comentó Iciár una noche—, deberías llamar a Verónica.

La sangre le subió al rostro a Pau.

—¿Cómo dices?

—Hoy te ha llamado dos veces a casa, al contestador. Paco y yo lo hemos oído todo. Estarás de acuerdo en que, aquí encerrados, no hemos podido hacer otra cosa. —Aparentó estar excusándose, pero realmente no lo sentía en absoluto—. Está desesperada, de llamarte al móvil y que no le cojas. Al parecer solo quiere hablar contigo. ¿Es la misma mujer que vino a verte la otra noche?

Hablar de sus ligues con Iciár no era uno de los temas preferidos de Pau, pues sabía que era una de las cosas que les separaban. Sin embargo, lo que en un primer momento empezó en la filóloga como un enjuiciamiento de su forma de vida, él empezaba a contemplarlo como indicio de celos, y la verdad es que le satisfacía enormemente. Claro, que no quería ni imaginarse lo que sentiría él si la lista de antiguos amantes de Iciár doblara la esquina de la calle en una larga cola.

—Supongo que sí.

—Mira, no me quiero meter donde no me llaman, pero no es justo que la tengas así.

—Ya la llamaré —concedió, deseoso de cambiar de tema. Además, ahora comprendía a Paco. Después de conocer a Icíar, de estar con ella, de gozar del privilegio de su amistad, sus confidencias, sus relaciones del pasado con otras mujeres conferían un aspecto cada vez más vacío a su vida.

Icíar, por su parte, se sentía completamente dividida. Por un lado, estaba harta de pasarse el día de ama de casa, hacer de enfermera de Paco, estar encerrada, vivir con miedo y padecer lo que ella denominaba, con negro humor, estrés postraumático: dormía mal, se sobresaltaba con cualquier ruido y, sin embargo, a pesar de aborrecer el encierro y sus motivos, estaba encantada de estar acompañada por uno y hasta dos hombres fuertes, seguros de sí mismos y verdaderamente capacitados para defenderla, tal y como había demostrado Paco, hasta el punto de ponerse él mismo en peligro. Por otro lado, sentía que algo empezaba a nacer entre Pau y ella, percibía que tenían mucho en común y no podía negar que se sentía atraída hacia él, no ya solo a un nivel físico, sino que empezaba a creer que se estaba enamorando. El hecho de estar «recluida» en su casa, de vivir entre sus posesiones, de conocerle cada día más en la intimidad de su hogar, le emocionaba y le provocaba deseos que se desesperaba por no tener.

No podía evitar sentir lo que sentía hacia Pau y, debía reconocerlo, tampoco había puesto mucho de su parte para evitarlo. Pero ignoraba qué pensaba Pau de ella. Se recriminaba a sí misma por parecer una joven adolescente arrancando pétalos de margarita y se pasaba las horas desesperada entre el «no me quiere» y completamente eufórica ante el «me quiere».

En cualquier caso, todo lo sucedido era demasiado para poder hacer frente a ello en tan escaso lapso de tiempo. La mente de Icíar estaba cansada y dañada por todo lo acaecido y se limitaba, incapaz de hacer algo más, a disfrutar de lo que le ofrecía el día a día de momentos de distensión y descanso.

Capítulo 12

El jueves por la mañana, Paco, que se encontraba mejor, habló a Pau antes de que se fuera a trabajar.

—Sé que estás encantado teniendo aquí a Iciar encerrada —comenzó bromeando—, pero yo ya me encuentro con fuerzas y creo que es el momento de que vuelva a la comisaría y hable con Ferrándiz. Si hace falta, localizamos al comisario en Madrid, pero arreglamos este asunto.

—Bien —contestó Pau sabiendo que sería inútil discutir y recomendar a su amigo que se diera otro día para mejorar—. Te llamaré desde allí para decirte cómo están las cosas.

Pero no fue hasta la una del mediodía cuando Paco recibió un mensaje en el móvil desde el teléfono de Pau: «Ven a la comisaría. Contaremos todo».

—¿Me vas a dejar aquí sola, mal compañero? —le preguntó Iciar un poco en broma, pero también ligeramente asustada.

—No te preocupes, todo irá bien. De todas formas, ya te sabes las normas: no contestes al teléfono, no abras la puerta, espera a que Pau o yo en persona vengamos, nadie más, aunque te diga que viene de nuestra parte. Nunca vamos a mandar a nadie. No creas nada.

La joven asintió, empezando a sentir un gran nerviosismo por quedarse sola. Acostumbrada al encierro compartido, sentía como si le faltara un brazo al estar sin Paco. Para amenizar la mañana, sin otra cosa que hacer y continuamente en tensión, Iciar se puso a cocinar. Amasar la harina, aderezar la carne, cocerla hasta su punto justo, le proporcionaba algo mecánico que hacer y en lo que pasar el tiempo que cada vez parecía pasar más lento.

Se vio sobresaltada con la llegada del dueño de la casa, que entraba ajeno al estado de ánimo de Iciar, silbando y con un paquete de cervezas y el pan del día debajo del brazo.

—¿Qué tal? ¿Cómo estáis?

—Paco ya se ha ido para allá —contestó ella sin ambages.

—¿Para dónde?

—A comisaría —dijo la joven encogiéndose de hombros—. Recibió un mensaje tuyo de que fuera para allá —añadió al ver la cara de incredulidad del recién llegado.

El rostro de Pau se puso blanco.

—Yo no le he escrito ningún mensaje. Venía justo a decirle que he podido

hablar por fin con el comisario en Madrid. Lo ha organizado todo para que vayamos a la capital y declares ante un juez mañana. Ante las circunstancias, cómo se está desarrollando el caso y el peligro en que te encuentras, van a acelerar todo el proceso.

—Pues Paco ha leído un mensaje tuyo, desde tu número de móvil.

—¡Qué raro! Eso solo puede significar que alguien me ha cogido mi móvil para mandarle un mensaje a él para que vaya a comisaría... —dijo mientras extraía el teléfono del bolsillo trasero del pantalón.

—O para sacarlo de aquí —se le ocurrió a Iciár.

—¡Y dejarte a ti sola! —pronunciar estas palabras y darse cuenta de que había alguien tras la ventana del salón que daba al jardín, fue todo uno. Sin que ella comprendiera todavía qué pasaba, pues la ventana se encontraba a su espalda, Pau se echó sobre ella y, sujetándole la cabeza para que no se golpease con el impacto, la tiró contra el suelo cubriéndola completamente con su cuerpo y quedando encima de la joven. En ese mismo momento comenzó un estruendoso tiroteo mezclado con el silbar de las balas cruzando el salón de parte a parte.

Iciár se había quedado debajo de Pau, bloqueada, con los ojos cerrados y los puños agarrando histéricamente la camisa del policía. Este, mientras miraba a todos lados organizando la huida y sacando su pistola, le dijo por encima del ruido:

—Eh, chica valiente: abre los ojos. ¡Mírame! —le ordenó en última instancia al ver que ella no cedía.

Iciár los abrió. El ruido de cristales rotos la obligó a cerrarlos otra vez.

—¡Mírame! —exigió Pau.

Volvió a abrir los ojos, enormes por el susto, más verdes que nunca.

—Tenemos que llegar a la puerta —le explicó el policía en tono práctico—. De momento hay dos tiradores. —Le hizo un croquis de la situación según lo que había podido oír—. No sé si habrá un tercero, espero que no. Uno está en la parte del porche y el otro en la de delante. Hacia este tenemos que ir. Arrástrate por el suelo e intenta pasar cubriéndote con los muebles. Cuando llegues a la puerta, te pones debajo del mueble de la entrada y me esperas allí agachada. ¿Entendido?

Iciár tenía la boca seca y no podía hablar, pero asintió con la cabeza.

—Pues venga. —Y dándole un cachete en la cadera la empujó suavemente para que se colocara a gatas. Pau tenía ganas de abrazarla y de darle ánimos, pero dedujo sabiamente que, en esos momentos, cualquier gesto de consideración por su parte rompería el fino hilo de contención al que se aferraba la mujer.

Por su parte, él tenía trabajo que hacer. Pau se acercó a la ventana del porche, también a gatas. Su pistola semiautomática contaba solo con seis balas frente a dos tiradores armados con lo que distinguió como un subfusil Steyr y una P90. Consideró la posibilidad de coger dos armas más que guardaba en su dormitorio, pero cuando vio a Iciár, acurrucada bajo el velador, con las manos en las orejas y la cara escondida entre las piernas, decidió jugársela. Puso sus cinco sentidos en localizar al hombre a su espalda, al otro lado del muro. Lanzaba este una retahíla de metralla

durante unos cinco segundos y desaparecía a un lado. Al instante reaparecía por ese mismo lado de la ventana, disparaba de nuevo y desaparecía por el lado contrario. No era un profesional, eso estaba claro, y tenía un adiestramiento muy básico. Apostando todo a una sola ficha, contó: uno, dos, tres... y en el momento en que el asiático apareció en el marco de la ventana, le disparó un tiro limpio a la cabeza. No tuvo tiempo de verlo caer antes de volver a agacharse para cubrirse de los posibles disparos del otro agresor. En cuclillas, esperó a ver qué paso dar a continuación.

El otro atacante se dio cuenta casi enseguida de que algo había sucedido y dejó de disparar. A gritos, en idioma chino, llamó a su amigo y esperó respuesta. El silencio se hizo abrumador. Icár levantó la cabeza, escuchando también, pero sin entender del todo qué sucedía. Miró a Pau. Este, aunque sabía que no era necesario, se llevó el dedo índice a los labios. Escucharon al hombre de fuera correr dando la vuelta a la casa. Sin duda acababa de ver al muerto, pero no hizo ninguna señal. Pau estaba casi seguro de que se encontraba a la altura de la cocina, a unos metros a su izquierda. Tan rápidamente como pudo, sin hacer ruido, se dirigió hacia allí. La ventana estaba abierta. Superando sus temores, Pau se asomó con el arma en la mano, listo para disparar y matar, y miró estupefacto el porche vacío.

¡Nada! ¡Mierda! El pánico le recorrió de arriba abajo: había dejado sola a Icár en la entrada de la casa.

El corazón de Pau comenzó un golpeteo insistente y audaz ante el temor de que a la joven pudiera pasarle algo. El policía salió como loco corriendo de la cocina y alcanzó el salón de la casa justo en el momento de ver a otro joven de raza china, metralleta por delante, pegado a la pared del salón, al que debía haber accedido por una ventana, a punto de doblar la esquina y encontrarse cara a cara con Icár, la cual estaba ignorante del peligro en el mismo sitio y postura en que la había dejado. Sin pensárselo dos veces, Pau disparó. El hombre recibió la primera bala en el pecho y la segunda en el corazón, todavía de pie, para, acto seguido, caer de bruces contra el suelo a los pies de la asustada Icár, que se tapó la boca para no chillar.

Pau llegó donde estaba ella. Le extendió una mano que ella miró antes de coger, todavía aturdida, y tirando de la joven salieron los dos de la casa. Había un coche negro, un Ford Fiesta, vacío, en la entrada del camino. Pasaron bordeándolo para subirse a la moto y marcharse a toda velocidad.

La muchacha iba abrazada a Pau, rodeando histéricamente la cintura de él con sus brazos. La cara pegada a su espalda. El corazón parecía querer salirsele del pecho. Estaba segura de que Pau debía notarlo.

Cuando llegaron a la señal de Stop de la carretera de Urbanova, Pau le tendió el casco hacia atrás:

—Póntelo —le dijo mientras él se ponía el suyo.

«Es curioso —pensaba Icár —hace una semana hubiera muerto antes que subirme en una moto. Ahora la moto no me parece peligrosa después de lo que he pasado».

Sin embargo, cuando tomaron la carretera y llegaron a la autovía y la

moto de Pau alcanzó los ciento ochenta kilómetros por hora, Icía cambió de opinión. Aunque el policía conducía con precisión, a la joven le daba miedo cada vez que adelantaban a un coche. En una ocasión en la que al ir a adelantar a uno este puso el intermitente justo para tomar el carril por donde iban ellos, se le escapó un grito. Lógicamente, no esperaba que Pau la hubiera escuchado. Sin embargo, para su sorpresa, oyó perfectamente la voz del conductor internamente, saliendo de su propio casco:

—No te asustes, Icía, de verdad, confía en mí.

—¿Qué es esto? —preguntó Icía

—Estos cascos tienen comunicación interna. Son algo así como unos *walkie-talkie*. Oigo todo lo que pasa por tu cabeza —le dijo bromeando. Sentía una gran presión por los hechos sucedidos, pero no quería pensar en ellos ahora—: ¿Cómo estás?

—¿Cómo estás tú? —preguntó ella solícita.

—He estado mejor —contestó ambiguamente.

—¿Adónde vamos?

—A Madrid. No nos esperan hasta mañana, pero ya que nos hemos puesto en camino, no se me ocurre otra idea mejor. Alicante no es de fiar. Si alguien de comisaría ha hecho salir a Paco, ha sido con idea de prepararte una trampa. Cuanto más lejos estemos, mejor. Además, en Madrid tengo algunos compañeros amigos a quienes les dejaría sin duda mi vida en sus manos. No estaremos solos.

—¿Vamos a ir todo el viaje en moto?

—No hay mejor medio de transporte. ¿Te sigue sin gustar?

—Me da inseguridad. Si te caes, si te chocas... te das directamente, no hay nada que frene el golpe —dijo la joven mientras miraba con respeto el suelo pasar a toda velocidad bajo sus pies—. No es como el coche, ya que al menos aparentemente el propio automóvil te protege.

—Las probabilidades de una colisión en moto son bastantes menores. Además, en caso de accidente siempre tienes más campo de reacción, más huecos por los que escaparte que en coche.

—Mi hermano mayor se mató con diecisiete años en una vespingo —le dijo Icía—. Un camión le embistió. El conductor se había quedado dormido.

—Lo siento —dijo Pau.

—Desde entonces no había vuelto a subirme en una, hasta el día que me recogiste en la facultad. Mis padres me lo prohibieron.

Los dos se quedaron callados. Sobre la familia de la muchacha habían hablado con cuidado, ya que la joven, aunque había comentado con aparente despreocupación el fallecimiento de sus padres y su hermano, había quedado sin duda marcada por esas desgracias.

—Por cierto —le sacó Icía de sus cavilaciones—, ¿estaba la comunicación de los cascos activada el día que me llevaste al pub irlandés?

—Ajá

—¡Qué horror! ¿Por qué no me avisaste?

A pesar de las circunstancias en que estaban, sentirla avergonzada por esa estupidez, hizo a Pau sonreír.

—Porque así sabía cuándo iba demasiado deprisa. En cuanto te oía gemir

porque pasábamos entre dos coches, o porque tomaba una curva más rápido de lo que tú esperabas, no lo volvía a hacer. ¿A que no pasaste mucho miedo aquella vez?

—La verdad es que no —reconoció Icár—, pero condujiste con mucha consideración, no como hoy.

—Hoy estamos en la autovía. ¿No querrás que vayamos a veinte kilómetros por hora?

—Sería más lento, pero yo me sentiría más segura. —Pau miró por el espejo retrovisor y, aun dentro del casco, vio la carita de Icár todavía llena de temor. ¡A qué tensión se estaba sometiendo esos días! ¡Qué bien lo sobrellevaba! A fin de cuentas, él estaba acostumbrado. No es que todos los días su trabajo fuera tan intenso, pero ya había vivido otros tiroteos, ya había tenido que matar en otras ocasiones, ya había visto a compañeros morir...

—¿Qué pasará con Paco?

—Si ha ido a comisaría, nada. Antes o después descubrirá lo que nos ha pasado y supongo que el comisario le dirá que vamos para Madrid.

Como la moto se inclinó para tomar una curva, Icár se agarró aún más fuerte a Pau.

—Nos vamos a caer. —Y no pudo evitar el tono de miedo en su voz.

—Que no. Tú déjate llevar. No hagas fuerza contraria y, sobre todo, sigue abrazándome, me encanta —le dijo ya en broma.

Icár disminuyó levemente la presión en sus brazos, pero a pesar del compromiso en el que le ponía el comentario, era incapaz de soltarse. El miedo a caer, tanto hacia atrás como hacia los lados, le obligaba a pegarse a Pau y a aferrarse a él como una lapa.

Unos kilómetros antes de llegar a Albacete, un humo negro comenzó a salir del tubo de escape y el motor a sonar en exceso.

Pau se desvió cuando vio el aviso de un área de servicio.

En el taller les informaron de que la moto no estaría arreglada hasta el día siguiente, pues hacía falta una pieza. Consultándolo, la pareja decidió pasar la noche en la ciudad.

Como habían salido de Alicante a toda prisa, Icár no llevaba dinero encima. Pau, sabiéndolo, se ofreció a que dieran un paseo y ella se comprara todo lo que hiciera falta. Después cogieron dos habitaciones contiguas en un pequeño hotel con pinta limpia y agradable y, ya de noche, se fueron a cenar.

—Qué placer es pasear por las calles otra vez, aunque sea en un lugar completamente desconocido como este.

—Ha sido duro el encierro, ¿eh?

—Supongo que mejor que en el Campanile. Tienes una casa muy hermosa y agradable. Pero, no sé, creo que no estoy acostumbrada a no salir en todo un día y menos cuatro seguidos. Además, lo peor es cuando te lo imponen. Gracias a Dios no estaba sola, también estaba Paco y nos echábamos nuestras partiditas de cartas.

—Y también estaba yo.

—¡Qué cara! Tú estabas todo el día fuera en el trabajo. —Y se ruborizó

ligeramente al darse cuenta de que parecía una esposa regañando a su marido.

—He ido todos los días a comer y ningún día he llegado tarde por la noche. Os he hecho los recados que me habéis pedido, he estado muy pendiente de vosotros...

Finalmente, Icár cedió a su idea y se rio.

—¿Qué? —le preguntó Pau.

—Que parecemos un viejo matrimonio discutiendo: «Yo aquí sola todo el día en casa y tú fuera trabajando».

Pau se rio también, deseando interiormente que algún día fuera cierto.

Cenaron en un mesón donde tomaron queso manchego, lomo de orza, gachas de harina de almorta, un inmejorable vino tinto de Valdepeñas y todo acompañado con un excelente pan de pueblo. A pesar de los desagradables acontecimientos tan recientes, consiguieron de algún modo olvidarse de todo y disfrutar de su mutua compañía.

Cuando llegaron al pasillo que daba a las habitaciones, una vez en el hotel, Icár echó de menos la presencia de Paco que daba una nota de amistad a su convivencia juntos. Dirigirse hacia sus respectivas habitaciones hizo a la joven pensar en la cantidad de veces que Pau habría dormido en hoteles con otras mujeres. Quizá el policía pensara en esos momentos que si Icár fuera como las demás podrían pasarlo muy bien.

—Buenas noches —dijo la joven bruscamente al llegar a su umbral, malhumorada por sus propias ocurrencias.

—Buenas noches —dijo asombrado Pau, cuyos pensamientos iban por otros derroteros. Cada vez se encontraba más a gusto con ella y, salvando la gravedad del caso y que había estado varias veces a punto de perderla, daba gracias a Dios por estar en su compañía tan intensamente. Así que cuando la joven se despidió tan bruscamente no le dio importancia y simplemente dedujo que estaba muy cansada.

Efectivamente, Icár se durmió en cuanto cayó en la cama, para entrar en un mundo de pesadillas. La locura de aquellos días y el poco tiempo que tenía para analizarlo todo o para poder asimilarlo, se cobró aquella noche su factura.

Su compañera de piso, Carolina, volvía a aparecer tumbada en la cama con un tiro en la frente, rígida, mirándola sin ver a través de sus ojos abiertos. En otra escena, un hombre chino, con una cicatriz en la cara, posiblemente el hijo de Chan Li, disparaba a dos policías sin rostro mientras que un luchador de sumo golpeaba a Paco con fuerza en la cara y, a cada golpe, la sangre salpicaba a un público enfervorecido que aplaudía y gritaba. Para sorpresa de la durmiente, el público eran sus propios alumnos de la facultad, que cada vez estaban más manchados con la sangre de Paco. Pau, debajo de una ventana, recibía los disparos de una metralleta en manos de un soldado de la Segunda Guerra Mundial. Y ella lo miraba todo, pero no podía hacer nada. Las balas silbaban por encima de su cabeza. Pero ella no sabía qué tenía que hacer. Solo sabía que tenía que decir su nombre y

alguien saldría de la oscuridad, pero no sabía qué nombre tenía que gritar. Solo tenía que llamarle y todo terminaría.

De un sobresalto se incorporó sollozando y sin saber cómo se encontró entre los fuertes brazos de Pau, hipando nerviosamente, como una niña pequeña.

—Chsst, chsst.

—Todos habíais muerto.

—Chsst, no lo pienses ahora —le musitaba Pau mientras le acariciaba la espalda.

Gruesas lágrimas rodaban por las mejillas de Iciar empapando la camiseta de Pau. Se sentía a gusto con él y protegida entre sus brazos.

—Tú también estabas muerto.

—Ya ves que no, solo ha sido una pesadilla.

—No, todo es verdad, excepto quizá lo de tu muerte. Todo lo demás ha ocurrido de verdad. —Y rompió a llorar más fuerte.

Pau la siguió abrazando porque no podía hacer otra cosa. Iciar se fue calmando, pero se negaba a soltar a Pau. Fue él quien tuvo que poner el final. La separó de sí mismo y la miró a la suave luz que llegaba por la puerta de comunicación desde su dormitorio. A pesar del llanto estaba hermosísima. Tenía los ojos somnolientos y el pelo suelto le caía suave, en bucles. Un mechón le cubría parte de los ojos. La boca entreabierta, todavía dando pequeños hipidos, invitaba a ser besada.

Iciar le devolvió la mirada. Se sentía tan vulnerable que no quería quedarse sola. En ese momento lo único que deseaba es que Pau se quedara allí con ella, la abrazara y no la soltara nunca, la besase y durmiese con ella, le transmitiese su fuerza. No le importaba ser una más en su lista. No le importaba no significar nada para él después. Le necesitaba ahora desesperadamente para calmar su miedo y su abandono, para sentirse, aunque solo fuera por unas horas, viva y acompañada.

Todo eso lo leyó Pau perfectamente claro en el rostro de la joven y supo que no era eso lo que él quería con ella. Iciar no iba a ser para él una más. Él no quería que lo fuera. Sabía que podía tenerla para él y gozarla en ese mismo momento, lo leía en el rostro desesperado de ella, pero a pesar del esfuerzo que le suponía, decidió que no iba a aprovecharse. Ella tendría esa noche al amigo que necesitaba y, con el tiempo, él conseguiría ser para ella todo lo demás.

Así que bajó la vista, no soportando la petición de esos ojos verdes que tan bien conocía ya y la oyó suspirar resignada. Había comprendido.

Iciar se sintió avergonzada ante su rechazo, dolida.

—Gracias por despertarme —le dijo bruscamente y se tumbó en la cama.

Pau la tapó amorosamente y le dio un casto beso en la frente. Él no era de piedra y no pensaba quedarse a confortarla a riesgo de hacer algo que, sobre todo ella, luego podían lamentar.

—Si necesitas cualquier cosa, estoy ahí al lado. —Y se marchó, aun sabiendo que la dejaba entristecida y necesitada, porque no creía poder soportar mucho tiempo sin ceder a su silenciosa petición.

La filóloga le vio marchar. Con la luz que entraba por la puerta de su

habitación observó su ancha espalda alejándose. Antes de que él hubiera terminado de cerrar la puerta tras de sí, ya estaba echando de menos su fuerza y su presencia y la sensación de seguridad que había sentido en sus brazos.

Por la mañana desayunaron café y *miguelitos* de la Roda, y partieron para Madrid una vez recogida la moto en el taller. Hicieron prácticamente el viaje en silencio. El suave deslizar de la moto por la carretera, lejos de provocar miedo en Icíar, aquella mañana que se sentía ajena a cuanto le rodeaba, le producía una agradable somnolencia. Si no fuera porque en ningún momento perdió el sentido de dónde se encontraba, se hubiera quedado dormida apoyada contra la ancha espalda de Pau.

Fueron directamente al hotel Villa Magna de la Castellana, donde sabían que se alojaba el comisario. Preguntaron por él en el vestíbulo de entrada.

—Estará fuera toda la mañana.

—¿Ha dejado algún mensaje para Pau Salas?

—Efectivamente, señor. —Y la recepcionista le entregó un sobre cerrado.

Les he cogido la habitación 426 para que me esperen allí hasta que yo llegue a la hora de comer. Si tuvieran algún problema antes llámenme al Ministerio de Interior, rezaba la nota con los familiares trazos que Pau identificó enseguida pertenecientes a su superior.

—Parece mentira —dijo Icíar al entrar en la suite—, ya lo hemos conseguido. —Miró su reloj de pulsera—. Dentro de un par de horas llegará el comisario y yo declararé ante el juez. —Trataba de asumir que el final de su aventura junto a aquel hombre estaba llegando a su fin—. Siempre estaré en deuda contigo.

Pau sabía que Icíar creía que se estaba despidiendo.

—Solo he hecho mi trabajo.

—Es curioso que tanto tú como Paco contestéis lo mismo. —La joven se encogió de hombros. Para ella no solo habían cumplido con su trabajo, habían ido más allá y la habían tratado con extrema delicadeza—. En cualquier caso, muchas gracias, solo quería que lo supieras.

Pau la miró, vio los esfuerzos que estaba haciendo la joven por mantenerse tan distanciada como se había manifestado él anoche en su habitación y no pudo aguantar más. Se acercó a ella, puso una mano bajo su mandíbula, le elevó el rostro hacia él y la besó en los labios. Fue un beso largo, intenso, que hizo sentir a Icíar emociones por todo su cuerpo. Sus manos, cobrando vida propia, rodearon el cuello de Pau y el policía la abrazó a ella por la cintura y el beso se fue alargando, los dos cuerpos pegados el uno contra el otro.

Y entonces, algo en la cabeza de Icíar, que llevaba rato pugnando por salir, consiguió emitir sus señales de peligro. «¡No!», le decía su conciencia abriéndose camino entre el placer y la entrega de su dueña, «solo vas a sufrir. Ya estás enamorada de él, no te ates todavía más, no te impliques demasiado con él». E imponiéndose a su inclinación, se echó repentinamente hacia atrás, alejándose dos pasos. Pau levantó las manos y

le enseñó las palmas abiertas en señal de aceptación.

—Lo siento —dijo Icár. Se alisó el cabello y se pasó el dorso de la mano por los labios enrojecidos. Se dio un tiempo para serenarse mientras no quitaba los ojos de Pau que, por el contrario, miraba al suelo, como ido—. Estamos muy bien como amigos, ¿no te parece? No compliquemos las cosas.

Pau no encontró las palabras para expresarle en aquellos momentos todo lo que quería, todo su cuerpo estaba dolorido y gritaba por ella, por seguir tocándola y tenerla entre sus brazos. Trataba de serenarse cuando, en ese momento, llamaron a la puerta. Era el comisario.

Mientras se llevaban a cabo los saludos y el jefe de Pau le felicitaba por su trabajo, Icár echó una última y dolorosa mirada al policía.

Capítulo 13

A sus setenta y siete años de edad, el jefe de la mafia china en España, retirado en un inmenso chalet con una todavía más inmensa parcela en Torre Vieja donde nadie que paseara por delante podría decir quién vivía allí, padeció un infarto al corazón que le mató en el acto. Su hijo, la encarnación de sus esperanzas, el futuro de su legado, había sido encarcelado esa misma mañana. Aun confiando en las capacidades de sus abogados para solucionar el asunto, el corazón de Chan Li, el órgano vital en el que residía su orgullo, no sobrevivió a la humillación de que sangre de su sangre apareciera en un informe policial con antecedentes penales. Sus pensamientos, negros y ofuscados tras la detención, no hacían más que considerar que España ya no era lo mismo que cuando él llegó. Su nombre ya no era respetado y, con toda seguridad, fue esta idea, la de la pérdida de su prestigio más que el hecho del arresto en sí, lo que empezó a provocar que su corazón latiese desacompañadamente.

Su fallecimiento no pudo venirle peor a su hijo Feng Li. En menos de veinticuatro horas, la facción más empresarial del imperio, bajo la dirección de Jiang Huo, el principal consejero, el brazo derecho de su padre, tomó el mando al poder. Feng Li dejó de tener dinero en sus cuentas privadas, las propiedades a su nombre desaparecieron por arte de magia y, por supuesto, ningún prestigioso bufete de abogados se tomó la más mínima molestia por representar su defensa. De un día para otro había pasado de ser temido y respetado, rico y poderoso a ocupar el último puesto en una cárcel de máxima seguridad.

Aprovechando la oportunidad que se le había presentado, Jiang Huo tomó el relevo en el imperio y se olvidó, e hizo olvidar a todos los miembros de la facción, que alguna vez existiera nadie con el apellido Li.

Estando el hijo del primer mandamás en la cárcel, y no quedando ningún peón familiar con recursos para imponerse como jefe, el antiguo consejero se erigió como nuevo jefe de la mafia. Casó a la única hija de Chan Li con su propio hijo mayor, instándole a dejarla embarazada lo antes posible, para tenerla controlada y asegurar su lealtad. Por su parte, la esposa de Li desapareció misteriosamente y, hasta los que la conocían más, no supieron jamás con certeza si había sido asesinada por los hombres de Huo, o si ella misma había decidido no seguir viviendo. Nunca se encontró su cuerpo.

Así las cosas y con su nuevo estatus de poder, el mayor interés de Jeng

Huo se centró en mantener al hijo de Chan Li en la cárcel y, en caso de que saliera, eliminarlo.

Y fue a causa de estos acontecimientos que la Fiscalía consideró que Iciar Albatrecu se encontraba fuera de peligro y no necesitaba custodia policial. Según un informe realizado por un agente infiltrado en la organización criminal, incluso en el caso de que quedase ánimo de venganza en familiares de Chan Li o en algún hombre en el que todavía despertara su lealtad, algo casi imposible ante el nuevo poder ejercido por Huo, sin duda alguna antes ocuparía su mente vengarse en el nuevo jefe, que era, a fin de cuentas, el mayor partícipe y beneficiario de la desgracia de la familia Li.

Por este motivo, antes de un mes, Iciar había vuelto a su vida normal. Continuaba con sus clases y sus estudios en la facultad y, como le resultaba imposible seguir viviendo en el piso que había compartido con Carolina, se había mudado a un apartamento en el Estudiotel Alicante. Ubicada en la planta 21 del altísimo edificio, su nueva vivienda ofrecía unas vistas insuperables de toda la parte este de la ciudad y, por supuesto, del mar, y la numerosa afluencia de gente y su ubicación en pleno centro le dieron a la joven la sensación de seguridad que buscaba.

Acompañando a su amiga Aitana siguió viendo a Paco, que mejoraba de día en día, a pesar de que tuvieron que operarle la nariz porque le habían roto el tabique y, por supuesto, seguía viendo a Pau, pero, para qué engañarse, las cosas con el policía no iban como ella quería. Desde que había sentido su rechazo en el hotel de Albacete, Iciar había pensado que había equivocado los sentimientos de su salvador. Sin embargo, cuando al día siguiente él la había besado de aquel modo, la joven había recuperado las esperanzas. Pero en Madrid no se les presentó la menor oportunidad de estar a solas. Iciar había sido entregada a custodia de la Fiscalía y Pau había regresado a Alicante casi sin poder despedirse de ella. Y cuando se habían vuelto a ver, el policía no hizo ningún gesto de acercarse a ella. Es más, parecía evitarla. La filóloga sentía que, cuando coincidían visitando a Paco o cuando él la recogía para salir a cenar o a tomar una copa, Pau le miraba con una pregunta en la cara que ella no sabía cómo contestar. ¿Se suponía que la pelota estaba en su campo? No le hubiera importado tomar la iniciativa y sacar ella el tema, pero cada vez que había iniciado la conversación en ese sentido, él le había cortado en seco y luego cambiado agradablemente de asunto. Una tarde en que la joven se había quejado ante Aitana y Paco, no de sus sentimientos no correspondidos, por supuesto, porque todavía no se había atrevido a confiárselos a nadie, sino de lo frío y distante que encontraba a Pau, los dos hermanos se habían mantenido en un incómodo silencio que habían solapado comenzando a hablar animadamente casi a la vez de tonterías.

Pero Paco, que todavía la quería, cuando se dio cuenta de que su antiguo amor sufría, trató de convencerla de que Pau estaba preocupado por cuestiones de trabajo, pues la comisaría estaba siendo investigada por los de Asuntos Internos. Confirmando su declaración, días más tarde se desvelaba en los medios de comunicación que dos oficiales y un subinspector habían cobrado en algún momento dinero de la organización

de Chan Li, si bien no para matar a Icár, sí para comunicar su ubicación o intentar distraer a sus guardianes. Por falta de pruebas no pudieron ser encarcelados, pero fueron echados del Cuerpo con deshonor.

Capítulo 14

El calor fue llegando a la ciudad, un calor que Icíar nunca había conocido, ni en sus años de estudiante en Madrid, donde a pesar de superarse los cuarenta grados centígrados en el mes de julio el ambiente era seco, ni por supuesto en su País Vasco natal, donde los veraneos eran agradables y húmedos con puntuales días bochornosos.

El aplatanamiento y aletargamiento en que quedó su cuerpo, ya no solo por las altas temperaturas y la humedad a las que no estaba acostumbrada, sino también por sus constantes pesadillas, que no conseguía superar, hicieron que Icíar acabase visitando al psiquiatra que le habían recomendado. Se encontraba tan deprimida y desesperanzada que había dejado de volver la cabeza para mirar al conductor de todas las motos de gran cilindrada con las que se cruzaba. Estaba tan cansada, irritable y desanimada que había perdido la ilusión de volver a ver a Pau, y en los últimos días del curso se había esforzado por evitarlo, no encontrándose con ánimos de seguir estando con él sin que su relación llevara a ningún lado.

Una noche en la que, para sacarla de su apatía, unos amigos y compañeros insistieron en que saliera a cenar y tomarse unas copillas en el Barrio, empezó a encontrarse fatal y, por no montar el numerito ante sus amigos, sin despedirse siquiera, se levantó y salió del abarrotado local. La calle también estaba llena de gente y ella chocaba una y otra vez intentando llegar a la Rambla, deduciendo que esta avenida estaría más despejada. Cuando ya estaba llegando, y para su horror, chocó con Pau. Se dio prácticamente de bruces con él. Por un momento se miraron sin saber qué decirse. Enseguida, Icíar vio que él iba cogiendo por encima de los hombros a una rubia guapísima. Era más de lo que podía aguantar. Sin apenas balbucir una excusa, se alejó de él.

—Adiós —dijo siguiendo su camino y lamentándose de que él la hubiera visto llena de lágrimas y en ese penoso estado de ánimo.

No acababa de llegar a la Rambla cuando él la alcanzó.

—Espera, ¿te encuentras bien?

—Sí, gracias. —Icíar seguía con la imagen en su cabeza de Pau abrazado a su amiga y se negaba a mirarle a la cara. Si se hubiera encontrado en un estado de ánimo más fuerte, quizá le hubiera preocupado, por su orgullo, que él la viera triste, pero había llegado a un punto en el que todo le daba

igual.

—Espera, por favor.

Secándose las lágrimas con el dorso de las manos, se volvió hacia él.

—¿Qué pasa, Pau? —quiso parecer alegre.

—¿Por qué lloras?

—Tengo un mal día —dijo sonriendo y restándole importancia—. Creo que desde el asunto de los chinos tengo una especie de depresión. —Y se rio sin ganas—. Porque no me encuentro muy bien.

—Te acompaño a casa —le dijo él cogiéndola suavemente del codo, temiendo tocarla, como si al hacerlo ella pudiera romperse en mil pedazos.

—No hace falta. Vivo aquí al lado.

—Pues vamos.

—¿Y tu amiga?

—Es mi hermana, y estamos con más gente, así que no le importará.

—¡Ah! —Icár se dio cuenta de que su insensibilidad no era tan grande como ella se temía, pues un rayito de calor calentó su corazón al saber que la rubia no era una nueva amante.

—Cuéntame. ¿No lo superas? —le preguntó con ternura.

—¡Oh, sí! La psiquiatra que me recomendaron asegura que todo lo que me pasa es normal. Fueron muchas impresiones juntas y no me dio tiempo a asimilarlas. Es lógico que el cuerpo reaccione. —Se abstuvo de decirle que él también era uno de sus temas a tratar en el sillón de la consulta.

—Claro, claro. —Y sus banales palabras no desvelaban la rabia que sentía. Para distraerse la observó mientras caminaba a su lado. Icár llevaba un vestido recto sin mangas, con escote en forma de uve en colores llamativos verdes y amarillos y unas sandalias doradas. Estaba muy morena de piel y le habían salido algunas pecas en la nariz. Estaba preciosa y el color del vestido realzaba aún más el verde de sus ojos.

—Tú, ¿qué tal? —La pregunta de la joven le sacó del ensimismamiento en el que entraba siempre que la veía. Se podía haber pasado días enteros solo mirándola.

—Hemos tenido mucho trabajo. También he tenido que declarar en el juicio del hijo de Chan Li y para la comisión de Asuntos Internos de la Policía.

—¿Te irás de vacaciones?

—Ya veremos. ¿Tú te vas a ir a Bilbao?

—En cuanto pueda. No soporto este calor. No entiendo que la gente quiera veranear aquí. Alicante tiene un clima estupendo durante el invierno, pero en verano es insoportable. —Y para recordárselo se tocó los brazos desnudos, cubiertos de una suave capa de humedad, ¿o era sudor?

—Hablé con Verónica —cambió de tercio Pau. Icár le miró—. Ya sabes, la psicópata que me llamaba sin parar —exageró.

Icár sonrió y le riñó:

—¡Serás malo! ¿Qué le dijiste?

—La verdad, que me he enamorado y no puedo seguir con ese tipo de vida. Que sentía mucho haberla hecho daño. —Las palabras escaparon casi sin darse cuenta de su boca.

—¿Y qué ha pasado?

—Pues que ahora se han enterado de mi enamoramiento todas las mujeres mayores de veinte años y menores de cuarenta y no me comería un colín aunque quisiera —bromeó.

Icíar no se atrevió a preguntar de quién se había enamorado. ¿Podría ser de ella?

—¿No quieres saber de quién me he enamorado? —le preguntó Pau, que estaba lanzado, ¡y que fuera lo que Dios quisiera!

—¿La conozco? —preguntó Icíar andando y mirando al suelo. Pero Pau la cogió suavemente del codo y la obligó a parar.

—Me he enamorado de ti y no puedo vivir sin ti. Llevo un mes entero buscando la manera de presentarme dignamente ante ti y me falta el valor, pero cuando esta noche te he visto he pensado que no quiero que pases por esto sola, que quiero estar contigo apoyándote. Que me gustaría mucho cuidarte. Sé que hay cosas en mí que no te gustan, pero ya estoy cambiando muchas y puedo cambiar más. Cambiaré todo mi modo de vida y, ¿sabes una cosa? No me va a costar, porque me está saliendo solo, porque para mí ya nada tiene sentido si no es compatible contigo.

—Pe... pero. —Icíar solo abría y cerraba la boca como un pez.

—Ya lo sé, ya lo sé. No es buen momento para ti. Pero déjame que te pruebe que puedo ayudarte, que puedes compartir todo esto conmigo. No te defraudaré.

—No... lo que quiero saber es por qué no me has dicho nada antes. Yo he llegado a pensar que solo querías que fuéramos amigos. —Y como todavía le quedaban restos de orgullo se negó a decirle que llevaba un mes sufriendo como una loca.

—¿Qué por qué no te he dicho nada? —le preguntó Pau mientras paseaba sus manos, nerviosas, por los brazos y la espalda de ella—. ¡Joder! Pues porque no quería aprovecharme. No quería que empezáramos lo nuestro abusando de que estás necesitada, vulnerable, haciendo frente a toda la lógica reacción por lo pasado. Me prometí a mí mismo que estaría a tu lado sin exigirte nada, como amigo, apoyándote. Pero estar a tu lado sin poder expresarte lo que sentía era un suplicio, así que te he evitado un poco. Está claro que no sirvo para cumplir ese tipo de promesas. Ya no quiero estar más tiempo sin ti, me da igual si con el tiempo me echas en cara que me aproveché de ti. «Que me quiten lo bailao».

—¿Crees... crees que te estás aprovechando de mí? —Icíar mostró su incredulidad.

—¡Yo qué sé...! ¡Sí! —dijo Pau mesándose los cabellos.

La risa de Icíar brotó espontánea de su garganta. Por primera vez en semanas se sintió libre, alegre... ¡feliz! Con ganas de salir corriendo gritando a todo el mundo que él la quería para sí. De repente le habían desaparecido el desánimo y el cansancio.

—¡Ay, Pau! Si creo que me has quitado la depresión de golpe —murmuró ella contra los labios de él mientras se colgaba de su cuello.

—¿En serio?

—Totalmente.

—¿Y si luego te arrepientes?

Icár negó con la cabeza mientras le besaba en la barbilla.

—No me voy a arrepentir. Pero «que me quiten lo bailao» a mí.

Y entonces Pau pescó la boca de ella con la suya.

—Claro que no te estás llevando ninguna joyita —le quiso aclarar Icár cuando se separaron ligeramente, pero todavía con sus frentes pegadas—. Y te aseguro que no estoy pasando por uno de los mejores momentos. La Icár que tú conoces, llorosa, asustada, presa de los nervios, no es la que yo era. Yo era muy alegre y despreocupada, dentro de mi responsabilidad.

—¡Lo sé! ¡Lo sé! ¿Cómo no voy a saberlo si estuve a punto de perderte en varias ocasiones? —le dijo Pau acariciándole el pelo—. Pero todo volverá a ser como antes, ya lo verás.

—No, como antes no, porque antes no estaba contigo. Ahora todo va a ser completamente nuevo.

Y entonces Pau la volvió a besar. Estaban en la plaza Nueva, con los peces del acuario que preside el parque como testigos mudos de su amor.

Agradecimientos

Creo que jamás me cansaré de agradecer a la editorial Harper Collins Ibérica y su sello Harlequin que hayan hecho realidad mi sueño de ser leída. Gracias por confiar nuevamente en mí.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atraparé desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com